

EL RINCÓN de Haika

***Los mitos del Amor
romántico en la cultura
occidental***



Coral Herrera Gómez

"A pesar de los miles de poemas, canciones, novelas, óperas, dramas, mitos, y leyendas que han versado sobre el enamoramiento desde mucho antes de nuestra era; a pesar de las incontables veces que un hombre o mujer ha abandonado a su familia y amigos, cometido suicidio u homicidio, o ha sufrido graves pesares por causa del amor, muy pocos científicos han concedido a esa pasión el estudio que se merece".
Helen Fisher, (1992).

"La pasión amorosa, desde el principio, es incapaz de una visión objetiva del otro, de un entrar en él; antes bien, es un entrar profundo en nosotros mismos, es la soledad multiplicada mil veces, pero una soledad en la que parece ampliarse y arquearse la propia soledad, como rodeada de mil espejos resplandecientes, en un mundo que lo abraza todo"
L. Andreas-Salomé (1986)

"El amor es un nudo en el que se atan, indisolublemente, destino y libertad. Por más poderosa que sea la influencia de la predestinación (el ejemplo más conocido es el brebaje mágico que beben Tristán e Isolda), para que el destino se cumpla es necesaria la complicidad de los amantes". **Octavio Paz.**

El Rincón de Haika:

LOS MITOS DEL AMOR ROMÁNTICO EN LA CULTURA OCCIDENTAL

Bio Coral

Mis cursos y talleres

Introducción:

1. La cultura amorosa: cómo construimos el amor

La construcción cultural del Amor Romántico

Los filósofos y el Amor

Historia de la Pasión Occidental

El Amor Cortés

El Amor Pasional del siglo XVIII

El Romanticismo Patriarcal

2. Los mitos del Amor Romántico

Los Mitos del Amor Romántico

El Mito de la Monogamia

El Mito de la Heterosexualidad

El mito de las Bodas Reales

Este conjunto de artículos han sido publicados bajo **una licencia de Creative Commons** en el blog: [El Rincón de Haika](http://ElRincondeHaika.com), fundado en 2007.

Puedes difundir, compartir y utilizar los textos como desees, citando a la autora o la fuente.

<http://haikita.blogspot.com/>

Coral Herrera en las redes:

[El rincón de Haika en Facebook](#)

[Coral Herrera en Facebook](#)

[@coralherreragom en Twitter](#)

[Coral en Google+](#)

Contacto: koriakino@gmail.com

bio Coral



Coral Herrera Gómez

Community Manager en **UNESCO Oficina Multipaís Centroamérica en Costa Rica**

Doctora en Humanidades y Comunicación por la Universidad Carlos III de Madrid.
Especialidades: Teoría de Género y Teoría de la Comunicación Audiovisual.

Madrileña de nacimiento, resido en Costa Rica. Soy comunicadora, escritora, blogger, docente, investigadora: mi currículum se caracteriza principalmente por la multidisciplinariedad. Poseo una sólida formación académica en el ámbito de la comunicación, las ciencias sociales y las humanidades; pero también tengo **formación artística y experiencia laboral en el mundo del teatro y el cine**, una trayectoria sólida como escritora, una larga experiencia docente, y multitud de vivencias personales, culturales y sociales que conforman mi trayectoria curricular.

escritora

He publicado dos libros:

"La construcción sociocultural del Amor Romántico" Editorial Fundamentos, 2011.

"Más allá de las etiquetas. Feminismos, Masculinidades y Queer", Editorial Txalaparta (2011).



Mi tercera publicación se titula "***El romanticismo patriarcal en el cine dirigido por mujeres***", en un libro colectivo y digital editado y publicado por Ipes Elkartean, una Fundación cultural de navarra (España).



25 años de cine
Muestra Internacional
de Cine y Mujeres
de Pamplona



25 Muestra Internacional de Mujeres y Cine de Pamplona, Ipes

Elkartean, y se puede descargar gratuitamente en este enlace:

<http://www.muestracineymujeres.org/>

docente

He impartido clases en la **Universidad de la Sorbona** (París IV), en la **Universidad Carlos III de Madrid** y en la **Universidad Nacional de Costa Rica**, y durante mis años de estudio me dediqué a dar clases en Centros de Formación, Academias, clases particulares de Ciencias Sociales e Inglés.

blogger

Escribo un blog desde 2007, **El Rincón de Haika**, en el que publico reflexiones, reportajes, y artículos sobre diversos temas, pero especialmente escribo en él sobre el amor romántico, las relaciones humanas, la construcción de las identidades de género, el movimiento LGBTI, los feminismos, las masculinidades y el Queer (Kuir). Es un lugar de reflexión, un sitio para analizar la realidad social y nuestra cultura amorosa, para deconstruir los mitos tradicionales, poner al descubierto la arbitrariedad de los estereotipos y la división sexual de roles, y reflexionar en torno a las estructuras amorosas occidentales y las utopías románticas de la posmodernidad.

Community manager

Como Community Manager poseo una amplia experiencia en edición y redacción de textos, en la creación de blogs y la dinamización de las redes sociales (Facebook, Twitter, etc) en el entorno 2.0. Mi trabajo más reciente ha sido con UNESCO Centroamérica, pero también he trabajado para editoriales.

Colaboro habitualmente con [Mujerpalabra.net](#), un espacio feminista de pensamiento crítico y comunicación, y con revistas digitales como [UNA](#), o plataformas institucionales como [Iguataté](#). En el ámbito internacional, he publicado en [Uruguay \(LR21\)](#), [Chile \(El Ciudadano\)](#) y [Guatemala \(Grupo de Mujeres Ixchel\)](#).

mis cursos y talleres

1. Análisis de los mitos románticos, los estereotipos y roles de género en nuestra cultura audiovisual

2. El amor romántico desde una perspectiva de género

3. Hombres, Mujeres y Trans: análisis y crítica de la diferencia como factor de desigualdad. Construcción de las Identidades más allá de las etiquetas.

Los cursos están diseñados flexiblemente, para adaptarse a las necesidades de las instituciones educativas u organizaciones sociales, de modo que pueden ajustarse al formato de:

- **Curso Académico**, de carácter teórico (con una duración de 10 o 20 horas),
- **Taller** (de 1 día o 1 semana de duración, con una orientación más práctica),
- **Charla-conferencia** (2-3 horas).

Estos tres cursos están pensados desde la perspectiva de género y el análisis crítico de nuestra cultura a través del análisis del arte y las producciones audiovisuales.

Han sido impartidos en la Universidad Carlos III de Madrid, y tuvieron muy buena acogida dada la multidisciplinariedad del enfoque investigador (el alumnado adquiere conocimientos de áreas diversas como la Sociología del Conocimiento, la Antropología Social y Cultural, la Literatura Española, la Semiótica y la Teoría de la Comunicación Audiovisual, los Estudios Culturales) y la transversalidad de género, con incursiones en la Teoría Feminista, los Estudios de Masculinidad, y la reciente Teoría Queer.

Introducción

El amor romántico es un producto cultural. Es un conglomerado de relatos, leyendas, mitos, cuya estructura se repite en todas las sociedades patriarcales casi invariablemente. Los héroes y las heroínas siguen siendo los mismos: mujeres y hombres heterosexuales que tras luchar contra una serie de obstáculos, logran reunirse con su amado o amada. Ellos son de una manera, y ellas son diferentes, de modo que se complementan a la perfección.

Nos venden las historias románticas como ejemplos revolucionarios, pero el amor es también un anestésico social. Es un mecanismo de control social que permite que todo siga como está. Enalzando la pareja heterosexual y monogámica y embelleciendo las historias de amor y desamor, asumimos lo “normal” y lo “natural” a través de estos cuentos. Aprendemos a ser hombres y a ser mujeres, aprendemos a relacionarnos bajo unas pautas muy determinadas por las costumbres, prohibiciones, tabúes, creencias, prejuicios, etc de la sociedad a la que pertenecemos.

Soñamos con el amor, nos desesperamos en las rupturas, perdemos la cabeza cuando somos correspondidos, nos cambiamos de país por amor, necesitamos compañía, chocamos con otros cuerpos y otras soledades, pero no sabemos querernos. Las expectativas generadas por los modelos de princesa y príncipe azul se derrumban cuando nos relacionamos en la vida real. La idealización y la decepción van parejos en un mundo en el que otras formas de amarse se presentan como aberraciones y provocan escándalo.

El amor es una potente fábrica de sueños imposibles y además es una forma moderna de trascendencia espiritual. Al enamorarnos, las potentes hormonas placenteras que se disparan en nuestros cuerpos hacen que la vida cobre una intensidad inusitada; que todo, el tiempo y el espacio, y nuestra concepción de la realidad, se trastocuen y adquieran nuevos colores y tonos. La gente al enamorarse siente las puertas del destino abiertas a multitud de posibilidades, y se sienten creativos, ilusionados ante un nuevo proyecto vital y amoroso. Bajo la máxima de que *el amor todo lo puede* somos capaces de realizar grandes *gestas*: buscar un trabajo mejor remunerado, enfrentarnos con valentía al jefe, cambiarnos de ciudad o país, enfrentarnos a nosotros mismos (nuestros miedos, defectos, debilidades...).

En definitiva, el amor es una especie de religión posmoderna colectiva que nos convierte en protagonistas de nuestra propia novela, que nos hace sentir especiales y que logra transportarnos a una dimensión *sagrada*, alejada de la gris cotidianidad de nuestra vida. Nos sirve, de algún modo, como **dispositivo para escapar de la realidad, una forma de evadirnos análoga a los deportes de riesgo, las drogas y la fiesta.**

Enamorarnos es sentir que estamos vivos, es una forma de segregar adrenalina que, sin embargo, suele hacernos sufrir mucho cuando se acaba o nos *abandonan*. Y es muy curioso como nuestros sentimientos están predeterminados por la cultura en la que vivimos. Creemos que el amor es libre, pero en una sociedad homófoba es imposible vivir el amor en libertad.

Hay muchas culturas en el planeta y en cada una de ellas varían las formas de amar. Lo que en alguno sitios está prohibido, en otros es algo cotidiano. Lo que en unas comunidades subordina a las mujeres, en otra las libera. Hay amores basados en las luchas de poder, otros amores son libres y están colectivizados. En el mundo hay una diversidad amorosa que no se muestra habitualmente en los medios y las películas comerciales.

En nuestra cultura occidental el amor está constreñido, al menos en el discurso cultural hegemónico. La homofobia es cultural, la transfobia es cultural, el racismo y el especismo son culturales. En la cultura se gesta el miedo a lo otro, a lo diferente; en ella se crean las prohibiciones, los prejuicios, y las obligaciones sociales.

El amor está apesado entre mitos que perpetúan el machismo y la desigualdad, y paralelamente funciona como mecanismo de escape, de evasión, de entretenimiento de las masas. Bajo la ideología del placer como pecado, nos venden las historias de amor con el deseo monogámico, o enfocado a la labor reproductiva. El deseo vende, pero se limita, se encuadra, se encierra en miedos ancestrales, por eso las mujeres han sido víctimas de esta campaña de seducción. A través del amor romántico, inculcando deseos ajenos, el patriarcado aprovecha para controlar nuestros cuerpos, para heterodirigir nuestro erotismo, para lograr que asumamos los límites que tiene la feminidad y soñemos con la llegada de El Salvador (Jesús, el príncipe azul) que nos elija como buenas esposas y nos ofrezca el trono del matrimonio.

Con el fenómeno de la globalización, los *happy ends* de la industria hollywoodiense se han expandido por todo el planeta, y hoy la gente de países remotos también sueña con encontrar a su media naranja. Esta **nueva forma de religión colectiva ofrece paraísos para ser vividos en solitario o en pareja, pero jamás compartidos con la comunidad. El amor romántico es la nueva utopía emocional de la posmodernidad, porque casa perfectamente con la filosofía neoliberal del “sálvese quién pueda”**.

A medida que la realidad se va poniendo más difícil, ahora que el capitalismo deviene en fascismo neoliberal, más gente se suma a la búsqueda de esas islas de bienestar, ternura, cariño y amor incondicional. Las falsas promesas del amor no desaniman a la gente a seguir anhelando la pareja perfecta, el amor equilibrado, la felicidad intensa, la eternidad. Son mitos de carácter sagrado que recorren nuestra cultura y vemos a diario en películas, series de televisión, novelas, culebrones, revistas, cuentos, canciones.

Desde la publicidad se nos machaca con la idea de que la felicidad está en el amor, y que se llega al amor a través del consumo. El amor tiene su propia oferta y demanda, y sus productos de usar y tirar; muchos buscan a la persona *ideal* con la que establecer la relación *perfecta*. Este mercado sentimental constituye una especie de búsqueda

compulsiva del Paraíso, *edén emocional* en el que las ansias de autorrealización y de felicidad se ven colmadas y satisfechas. Al menos temporalmente, sentimos que podemos rozar el cielo y que podemos congelar el tiempo. Tal es la fuerza de la magia del amor.

El problema es que detrás de tanta belleza, el amor romántico sirve para que todo siga como está. La industria generada alrededor de la pareja idealizada sigue insistiendo en el modelo reproductivo, en el dúo egoísta que se encierre en su nidito, en las parejas que imitan el modelo hegemónico. Los demás amores son condenados, invisibilizados, y a menudo han de desarrollarse en la parte oscura de la sociedad. En territorios donde no llega la norma, donde las etiquetas de edad, etnia, idioma, género, etc no importan. Son espacios llenos de luz y de gente rompiendo con las opresiones y aventurándose en nuevos caminos, pero no los vemos entre tanta boda real y tantas parejas felices inundando las pantallas.

Nuestra cultura tiene que abrir sus horizontes. Hace falta un cambio de modelo económico y político, y para ello la sociedad y la cultura tienen que empezar a mostrar otras concepciones sobre el amor, otras formas de quererse más diversas e inclusivas, otras formas de ayudarse y tender redes de solidaridad.

Hoy más que nunca hay que llevar a cabo toda una labor contracultural que destruya todos los mitos que hemos ido asumiendo desde la infancia hasta hoy. Hay que destripar roles, disolver estereotipos, y abrazar la diversidad sexual y amorosa. Hay que liberar la mente, el coño, el corazón, el deseo y la ternura, y dejar que el amor fluya por todos los espacios. Olvidarse de la cultura del enemigo, que solo nos presenta conflictos entre buenos y malos, y abrazar la cultura de la amistad, de la toma de calles y plazas, del amor a la gente.

Coral Herrera Gómez

1 La cultura amorosa: cómo construimos el amor

La construcción cultural del amor romántico



El amor es una construcción humana sumamente compleja que posee una dimensión social y una dimensión cultural. Ambas dimensiones influyen, modelan y determinan nuestras relaciones eróticas y afectivas, nuestras metas y anhelos, nuestros gustos y nuestros sueños románticos. Tanto la sexualidad como las emociones son, además de fenómenos físicos, químicos y hormonales, construcciones culturales y sociales que varían según las épocas históricas y las culturas. **El amor se construye en base a la moral, las normas, los tabúes, las costumbres, creencias, cosmovisiones y necesidades de cada sistema social, por eso va cambiando con el tiempo y en el espacio, y por eso no aman igual en China que en Nicaragua, ni los inuit aman del mismo modo que los semais.**

Son numerosos los autores que defienden la idea de que **el amor es una constante humana universal porque existe en todas las culturas y porque la capacidad de amar parece formar parte de nuestra condición.** Teóricos como Wilson y Nias (1976) defienden la universalidad del amor romántico, señalando que el fenómeno amoroso romántico no es de origen reciente ni está restringido a nuestra cultura: *“Aunque no siempre concebido como un necesario prelude para el matrimonio, el amor romántico y pasional ha existido en todos los tiempos y lugares”*. Por su parte, los antropólogos Jankowiak y Fisher (1992) documentan la existencia de lo que ellos definen como “amor romántico” en casi un 90 por 100 de las 168 culturas analizadas.

El amor romántico nunca ha tenido tanta importancia en la vida de los humanos como en la actualidad. Hoy en día la gente que no tiene que preocuparse a diario por la supervivencia, gasta una gran cantidad de tiempo y energía en encontrar

al amor de su vida. Nos buscamos en las redes y en los bares, consumimos películas románticas, deseamos vivir historias de pasión, nos enamoramos platónicamente alguna vez en la vida, nos juntamos y nos separamos, nos olvidamos, volvemos a soñar con una relación ideal.

Y es que gracias al impresionante desarrollo de la comunicación de masas en el siglo XX, **el amor romántico ha experimentado un proceso de expansión paulatina hasta instalarse en el imaginario colectivo mundial como una meta utópica a alcanzar, cargada de promesas de felicidad.**

Esta utopía emocional colectiva está preñada de ideología pese a que se presenta fundamentalmente como una emoción individual y mágica que acontece en lo más profundo del interior de las personas. La ideología hegemónica que subyace a esta utopía emocional es de carácter patriarcal, y en ella la moral cristiana ha jugado un papel fundamental, porque nos ha conducido por la vía del modelo heterosexual y monogámico con una orientación reproductiva.

El amor romántico es, en este sentido, **un ideal mitificado por la cultura, pero con una gran carga machista, individualista, y egoísta.** A través del amor romántico se nos enseña a relacionarnos, a reprimir nuestra sexualidad y orientarla hacia una sola persona. A través de las ficciones que creamos y los cuentos que nos contamos, aprendemos cómo debe de ser un hombre, y como debe de ser una mujer, y muchos seguimos estos modelos de masculinidad y feminidad tan limitados para poder integrarnos felizmente en esta sociedad y encontrar pareja.

La prueba más patente es que **toda la imaginaria colectiva amorosa occidental está formada por parejas de adultos de distinta identidad genérica; son uniones de dos en dos cuyo final está, como en el caso de la moral cristiana, orientado al matrimonio y a la reproducción. Además, los sistemas emocionales y sexuales alternativos** (amor en tríos, cuartetos y grupos grandes, amor entre ancianos, amor entre niños, amor entre personas del mismo sexo/género o de diferentes clases socioeconómicas, razas o culturas) **siguen siendo considerados desviaciones de la norma, y penalizados, por tanto, socialmente.**

La heterosexualidad y la monogamia, en este sentido, se contemplan como características *normales*, es decir, *naturales*, porque siguen los *dictados* de la naturaleza. **La Ciencia se ha encargado de legitimar esta visión, hasta llegar incluso a concluir que el mito de la monogamia y la fidelidad sexual es una realidad biológica y universal.**

La necesidad de la exclusividad sexual ha sido mitificada por necesidades del sistema patriarcal a través de las narraciones religiosas y profanas, a pesar de que la monogamia no es un estado natural y muy pocas especies la practican. Lo paradójico de la reificación de la monogamia es que el adulterio y la prostitución forman parte del sistema monogámico. Son la otra cara de la moneda, su contrario y a la vez su complemento. La fidelidad y la exclusividad son fenómenos, en este sentido, que atentan contra el *statu quo* y la organización de la sociedad en familias *cerradas*.

El amor, pues, en su dimensión política y económica, se nos presenta como un mecanismo del sistema para perpetuarse. Para que todo siga igual, hacen falta parejas heterosexuales que traigan al mundo a nuevos consumidores/trabajadores que se casen y permanezcan dentro del

modelo de familia considerado "normal". Por eso nos seducen con amor mitificado.

¿Cómo logran que nos lo creamos?

No sólo la sexualidad humana, sino también las emociones, son políticas y poseen una dimensión simbólica; dicho de otro modo, **nuestros sentimientos están predeterminados y moldeados por la cultura y la sociedad en la que vivimos**. Son numerosos los autores que han puesto el acento en la dimensión literaria del amor como constructor de realidad, y como modeladora de las emociones y los sentimientos. **Martha Nussbaum y Antonio Damasio** defienden la idea de que los sentimientos y las creencias, las emociones y la razón son lo mismo y están localizadas en partes del cerebro que trabajan conjuntamente. Por eso entienden que tanto la teoría científica como las narraciones humanas tienen un papel preponderante en la construcción sociocultural de las emociones: "*Los relatos construyen en primer lugar y después invocan (y refuerzan) la experiencia del sentir*" (Nussbaum, Martha 2005).

La filósofa estadounidense afirma que las emociones son aprendidas en la cultura, a través de los relatos y los mitos. En los relatos hay una estructura de sentimiento, una estructura expresiva, y una fuente o paradigma de emociones: "*Los relatos son una fuente principal de la vida emocional de cualquier cultura*". Lo importante de su teoría es la idea de que si los relatos se aprenden, se pueden desaprender; si las emociones son construcciones, se pueden derribar. Por eso es importante analizar los relatos: para poder entender cómo y por qué amamos. También es **muy interesante la idea de Nussbaum acerca de los deseos que engendran las narraciones: afirma que son respuestas al sentido de infinitud. El miedo, la esperanza, el anhelo son emociones ligadas al sentimiento de tener la vida fuera de control, y expresan una trascendencia, una reflexión profunda acerca de la muerte.**

Es tal la proliferación de relatos amorosos en diversos soportes (canciones, poemas, cuadros, esculturas, novelas, películas, libretos, folletines, etc. etc.), que a menudo parece un sentimiento que pertenece a la ficción. Es decir, que parece constituir otra realidad diferente a la *realidad suprema*. Esto sucede porque nos alejamos de nuestra cotidianidad y nos sentimos transportados a otra dimensión del mismo modo que cuando construimos una realidad *ficticia*, pese a que la línea que separa la ficción de la realidad es frágil, y a menudo inconsistente. Una prueba de ello es que cuando vemos una tragedia amorosa en el cine, por ejemplo, lloramos con los protagonistas que tienen que despedirse para siempre, y nos sentimos tan tristes como ellos. **Los relatos, en este sentido, construyen emociones para ser sentidas, no sólo para ser contempladas.**

Estas emociones fabricadas inciden en nuestro cuerpo del mismo modo que las emociones reales, es decir, las que sentimos en la interacción cara a cara con nuestros semejantes. Quizás varía en intensidad, pero su correlato físico es evidente: las emociones *ficticias* nos aceleran el latido cardíaco, nos hacen segregarse endorfinas y nos hacen gritar de miedo o llorar conmovidos. Esto no se debe únicamente a la capacidad de empatía humana, sino también al fenómeno de la proyección e identificación de las audiencias con los productos culturales que consumen. Así, las emociones son sentidas *realmente* a través del cuerpo, y nos provocan unas reacciones físicas y orgánicas del mismo modo que cuando estamos viviéndolas en persona. Esas reacciones crean pautas de conducta amorosa que aprendemos en los relatos y luego aplicamos a nuestra vida real.

LA MITIFICACIÓN DEL AMOR

La mayor parte de los mitos en torno al amor romántico surgieron en la época medieval; otros han ido surgiendo con el paso de los siglos, y finalmente se consolidaron en el XIX, con el Romanticismo. **El principal mito que encontramos en el amor es en la frase que concluye los relatos: “yvieron felices, y comieron perdices”**. La estructura mítica de la narración amorosa es casi siempre la misma: dos personas se enamoran, se ven separadas por diversas circunstancias (dragones, bosques encantados, monstruos terribles) y barreras (sociales y económicas, religiosas, morales, políticas). Tras superar todos los obstáculos, la pareja feliz por fin puede vivir su amor en libertad. Evidentemente, como mito que es, esta historia de impedimentos y superaciones está atravesada por las ideologías patriarcales, que ponen la misión en manos del héroe masculino, mientras que la mujer espera en su castillo a ser salvada: él es activo, ella pasiva (el paradigma de este modelo es *la Bella Durmiente*, que esperó ni más ni menos, CIEN años).

En otros relatos, en cambio, se incide en la valentía de la mujer que lucha contra el orden patriarcal, contra la ley del padre, y se le otorga un papel activo, como es el caso de **Julietta, Melibea, Catalina Earnshaw, Emma Bovary, Anna Karenina, la Regenta** o el mito español de **Carmen**, mujer indomable que subyuga a los hombres. Para Denis de Rougemont, lo característico de nuestra sociedad es que el mito del matrimonio y el mito de la pasión se han unido pese a que son contrarios. La contradicción reside en que la pasión es perecedera, indomable, intensa, contingente, y preñada de miedo a perder a la persona amada. La pasión se exagera con la inaccesibilidad y representa en nuestro imaginario el delirio arrebatado, el éxtasis místico, la experiencia extraordinaria que nos trastoca la rutina diaria. El matrimonio, en cambio, ofrece estabilidad, seguridad, una cotidianidad, una certeza de que la otra persona está dispuesta a compartir con nosotros su vida y su futuro. Ambas instituciones son, pues, incompatibles, por mucho que nos esforcemos en aunarlas bajo el mito del matrimonio *por amor y para siempre*.

Los relatos amorosos constituyen una constante en las narrativas y las mitologías humanas desde la Antigüedad hasta nuestros días. Sin embargo, a mediados de la década de los noventa se produjo un fenómeno social conocido como “La Revolución Romántica”, concepto ideado por la cultura estadounidense. Los años de la transición entre el siglo XX y el XXI estuvieron marcados, entre otros acontecimientos culturales, por el auge de los productos del sentimiento. **El primer signo de esa Revolución Romántica, según Rosa Pereda (2001), fue el vuelco del gusto general hacia la novela sentimental y las películas que narraban historias de amor.**

En general, la mitología romántica ha cobrado una importancia fundamental en el siglo XXI, hasta llegar a adquirir el estatus de utopía colectiva de carácter emocional. Esta utopía nos presenta el amor como una fuente de felicidad absoluta y de emociones compartidas que amortiguan la soledad a la que está condenado el ser humano. En un mundo tan competitivo e individualista como el nuestro, en el que los grupos se encuentran fragmentados en unidades familiares básicas, las personas encuentran en el amor romántico la forma de enfrentarse al mundo. El amor, es, en este sentido, un nexo idealizado de intimidad que se establece con otra persona y gracias al cual podemos sentir que alguien que nos escucha, nos apoya incondicionalmente y lucha con nosotros contra los obstáculos de la vida.

A menudo, el enamoramiento, si es correspondido, nos transporta a un estado de felicidad que es extraordinario, porque está cargado de intensidad. En nuestra sociedad este estado de *felicidad permanente* es el estado ideal en el que la gente querría vivir siempre; por eso el amor tiene tanta importancia en la actualidad. Es una forma de ser y de estar en el mundo en el que los golpes de la vida se ven amortiguados.

Además, dispara nuestro afán soñador y utópico, porque nos sentimos capaces de superar miedos y de dejar atrás el pasado, y porque creemos que, bajo los efectos del amor, todo es posible porque es una fuerza avasalladora y transformadora que *arrasa* con todos los obstáculos (las distancias físicas y temporales, la oposición de las familias, o incluso nuestros prejuicios en torno a la edad, la raza, el estatus socioeconómico de las personas, etc.)

Los filósofos clásicos y el Amor



Los tratados sobre el amor no han sido las obras centrales de los “grandes” filósofos, exceptuando quizás a Platón. Las tesis que han favorecido determinados estilos amorosos han sido llevadas a cabo por autores que, o bien estaban a favor de la moral sexual de su época, o bien en contra. Lo interesante de este asunto es cómo los cambios sociales, políticos, económicos e ideológicos transforman las perspectivas filosóficas sobre el amor, y cómo la importancia de los autores determinaba la posición hegemónica o alternativa de sus teorías.

Las ideologías amorosas han sido muy diferentes en Oriente y Occidente. Según Octavio Paz (1993), en Oriente el amor fue pensado dentro de una tradición religiosa; en Occidente, en cambio, la filosofía del amor fue concebida y pensada fuera de la religión oficial y, a veces, frente a ella.

El pensamiento oriental, según Francesco Alberoni (1979), más que buscar un único objeto no ambivalente de amor que sacie la sed, trata de superar esa sed; antes que la felicidad total y entusiasta, **busca la superación al mismo tiempo de la felicidad y del dolor:** *«el Nirvana es esa beatitud privada de pasión. Por eso, en lugar del enamoramiento existirá un arte erótico, gracias al cual obtener placer de sí mismo y de otras personas, pero sin depender de esa única e inconfundible persona, perdida la cual se pierde todo»*. Este tipo de erotismo en Oriente nunca tuvo la pretensión de colocarse en la base de la pareja conyugal, y por lo tanto, de la familia, porque el erotismo estaba separado del matrimonio, de la pasión, separada hasta de la alianza con una sola persona.

En Occidente, en cambio, la evolución fue totalmente contraria: el Eros pasional englobó en sí la sexualidad, la alianza, el matrimonio, hasta la procreación. El amor se desplegó frente a la religión, fuera de ella y aún en contra. La libertad es un concepto central en la concepción amorosa occidental, y con ella otros

dos conceptos: la responsabilidad de cada uno por nuestros actos y la existencia del alma.

En Platón el pensamiento sobre el amor es inseparable de su Filosofía; y en ella el pensador critica los mitos y a las prácticas religiosas (por ejemplo, la plegaria y el sacrificio como medios para obtener favores de los dioses).

Platón es el fundador de nuestra filosofía del amor. Octavio Paz cree que su influencia dura todavía sobre todo por su idea del alma; sin ella no existiría nuestra filosofía del amor o habría tenido una formulación muy distinta y difícil de imaginar. Para Platón el amor es una mezcla de la belleza, la verdad y el bien; es un ansia de perfección, de alcanzar lo absoluto y la inmortalidad. Para el filósofo griego, la realidad se presenta dividida en dos mundos distintos y contrapuestos: por una parte, el mundo superior, invisible, eterno e inmutable de las ideas y, por otra, el universo físico, visible, material, sujeto a cambios y a mutaciones.

Para Purificación Mayobre (2007), **la filosofía de Platón es la causante de una importante jerarquía entre espíritu y naturaleza, mente y cuerpo, hombre y mujer, a pesar de que Platón admite una cierta interconexión entre ambos mundos.** La filosofía platónica es amor a la sabiduría y no solamente la posesión de la sabiduría, por lo que «Eros» (el amor) desempeña un papel muy importante de mediador entre el mundo sensible y el inteligible. Sin embargo, el Eros estará reservado solo a los varones y será precisamente ese amor homosexual lo que permite a los hombres *hacer* filosofía.

Sócrates definió el amor en *El Banquete* como el deseo de engendrar belleza. Diotima y Sócrates hablaron de Eros, ese demonio o espíritu en el que encarna un impulso que no es puramente animal ni espiritual:

“Eros puede extraviarnos o llevarnos a la contemplación más alta. El Amor hijo de Poros y de Penia, al que ningún humano ni dios alguno puede resistirse: travieso y traicionero, lanzando sus flechas a destiempo, cazador caprichoso, juguetero, risueño y zalamero, con una voz cantarina, musical, que no puede compararse ni con la de la golondrina ni con la del ruiseñor. El amor es locura divina, «remembranza placentera, ante la presencia del amado, de esa Belleza ideal, que el insensato Amor despierta con su flecha en el corazón del hombre. (Platón, Fedro). Citado en Lourdes Ortiz (1997).

Pausanias dice que Eros, como hijo de la doble diosa, también es un dios doble: uno, el que inspira las relaciones masculinas, las únicas bellas y perdurables, por estar basadas en la fuerza y la inteligencia, don engendrador de hijos espirituales que nunca mueren. El otro es el Eros de naturaleza femenina que inspira la atracción grosera y despreciable entre los cuerpos de mujer y hombre y que no puede ser constante, puesto que los cuerpos físicos tampoco lo son.

Esta teoría amorosa legitima la homosexualidad masculina practicada por los griegos y fue completada por el discurso de otro discípulo socrático, **Aristófanes**, que escribió sobre la constitución de los primeros seres humanos creados por Zeus con doble sexo, doble rostro, cuatro brazos y cuatro piernas.

Esta dualidad les daba una fuerza y unas cualidades físicas enormes, lo que originó en ellos una soberbia que el propio Zeus castigó dividiéndolos por la mitad. Desde entonces los seres humanos, sus descendientes, buscan acoplarse en su identidad primitiva, doblemente femenina, doblemente masculina, o hermafrodita, o sea, el amor lesbiano, el amor sodomita, y el amor heterosexual, todos ellos igualmente naturales.

El amor en la Antigüedad, según Lourdes Ortiz (1997), **quedó establecido como manía, locura, delirio de la mente y los sentidos, búsqueda anhelada de la otra mitad perdida. El amor es esa esfera partida en dos que sueña con recomponerse en la fusión de dos almas y dos cuerpos.**

Platón nos habla en *Fedro* y en *El banquete* de un furor que va del cuerpo al alma para trastornarla con humores malignos. Distingue dos tipos de amor: por un lado el que nos lleva a la sublimación, el que nos acerca a los dioses y a la aspiración del infinito.

Para Platón el amante está junto al ser amado «como en el cielo», pues el amor es la vía que sube por grados de éxtasis hacia el origen único de todo lo que existe, lejos de los cuerpos y de la materia, lejos de lo que divide y distingue, más allá de la desgracia de ser uno mismo y de ser dos en el amor mismo. El Eros, el Deseo total, es la Aspiración luminosa, el impulso religioso natural llevado a su más alta potencia, a la extrema exigencia de pureza. (De Rougemont, 1939).

El otro tipo de amor es el *amor entusiasmo*, una especie de delirio que no se engendra sin alguna divinidad ni se crea en el alma dentro de nosotros: es una inspiración extraña del todo, un atractivo que actúa desde fuera, un arrebato, un rapto indefinido de la razón y del sentido natural.

Para la teología cristiana, Dios es Amor. Según Julián Marías (1994), el Nuevo Testamento está lleno de referencias al amor, en todos los contextos imaginables. El Dios de los cristianos (y solo él, entre todos los dioses que se conocen, según De Rougemont) no se apartó de sus criaturas, sino que al contrario, fue «el primero en amarnos» en nuestra forma y con nuestras limitaciones.

El nuevo símbolo del Amor ya no es la pasión infinita del alma en busca de luz, sino el matrimonio de Cristo y de la Iglesia. Un amor así, concebido a imagen del amor de Cristo por su iglesia, es un amor feliz, según De Rougemont (1939), porque el creyente, al amar a Cristo y a su prójimo elige la salvación y la sumisión, de modo que se siente también como recíproco, ya que Jesús nos ama como somos, y nos perdona en su infinita misericordia.

Sin embargo, en su dimensión pasional y erótica, el amor entre dos personas puede ser pecaminoso si no se orienta hacia actividades reproductoras. Es cierto que **San Agustín** incidió mucho en la necesidad de que existiese afecto en la pareja, pero en realidad fue un elemento de decoración del matrimonio, para que este tuviese un sentido más allá de sus motivaciones económicas y políticas. **La religión cristiana condenó claramente el placer y la pasión:** «El cristianismo hizo del paraíso el reino de la satisfacción inmediata —y también eterna... pero entendiendo como última consecuencia o recompensa de un esfuerzo previo. [...] únicamente confirió al goce del instante un sentido de culpabilidad respecto al resultado final.» (Georges Bataille, 1961)

Tendremos que esperar al siglo XVII para encontrar nuevas teorías filosóficas acerca del amor. Según Marías (1994), la aportación de la Filosofía moderna a la educación sentimental se concentra en dos conceptos: las pasiones en el XVII, y los sentimientos en el XVIII. En la teoría de las pasiones pesa decisivamente la tradición griega, sobre todo el estoicismo.

El racionalismo cartesiano se resiste a lo sentimental: **Descartes** opina que las pasiones son estados del alma, pero con una causa en el cuerpo, e insistirá en la conexión de ambas cosas.

Su definición de las pasiones es: «*Percepciones, o sentimientos, emociones del alma y que son causadas, sostenidas y fortificadas por algún movimiento de los espíritus.*» Las pasiones principales son: admiración, (dentro de la cual caben la estimación y el desprecio, la generosidad o el orgullo, la humildad y la bajeza, la veneración y el desdén; en forma extrema, y que Descartes mira con desconfianza, el asombro); amor y odio (que incitan a unirse o separarse de lo que parece conveniente o perjudicial); deseo (que no tiene contrario), alegría, tristeza. Las demás pasiones son composiciones o derivaciones o especies de estas.

Otros autores que han hablado del amor en su teoría filosófica fueron:

— **Pascal:** Las pasiones principales, origen de otras muchas, son el amor y la ambición, que se debilitan o se destruyen recíprocamente. Solo se es capaz de una gran pasión, y una vida es feliz cuando empieza con el amor y termina con la ambición. Lo más original de su teoría es la negativa pascaliana a excluir la razón del amor, porque son inseparables. Los poetas se equivocan al pintar ciego al amor; hay que quitarle la venda y devolverle el uso de los ojos.

— **Spinoza:** Ve en el deseo (cupiditas) la esencia misma del hombre, a quien ve como una realidad desiderativa en su misma condición. El deseo (apetito con conciencia de sí mismo), la alegría (el paso de una perfección menor a una mayor) y el amor (la alegría acompañada de la idea de su causa exterior) son los elementos principales de la doctrina spinoziana de las pasiones, que a última hora habrán de someterse a la potencia del entendimiento para conseguir la libertad.

— **Francis Bacon** habla de «buscar la serenidad sin destruir la magnanimidad», pero tiene gran desconfianza del amor cuando es concreto, individual y sensual (lo que él llama wanton love), porque corrompe y rebaja.

— **Leibniz** tiene en cuenta las inquietudes y también las que llama inclinaciones sensibles. Las pasiones son para él «tendencias, o mejor dicho modificaciones de la tendencia que vienen de la opinión o del sentimiento y que están acompañadas de placer o desagrado». La inquietud no es incompatible con la felicidad, sino que por el contrario le es esencial: no es una perfecta posesión que haría a las criaturas pasivas y estúpidas, sino progreso continuo hacia mayores bienes. Y habla de placeres razonables y luminosos, en una actitud muy propia de quien pensaba que la verdadera felicidad consiste en el amor de Dios.

— En **Locke** el fundamento de las pasiones está en el placer y el dolor, y las causas que los producen. Define el amor como el fruto de la reflexión sobre el placer (no necesariamente solo físico) que alguien puede producirnos.

— **Hume** llevó a cabo una clasificación de las pasiones: las simples (la alegría, la tristeza, el deseo, la aversión, la esperanza, el temor) y las complejas (la asociación de emociones semejantes). Nunca se obra más que por la pasión: la razón es una «pasión general y tranquila» que no destruye la previsión.

— Para **Maquiavelo** el amor es un instrumento social engalanado con las joyas de la felicidad. En su Príncipe subraya que el amor es el deseo de «fama, riqueza y poder disfrazado de deseo de verdad, bien y belleza».

— **Hobbes** afirma en su Leviatán que el amor es un producto del miedo a no ser reconocido, estar solo y resultar indiferente: «Llamamos amor por una persona concreta al deseo de ser deseados por ella».

En el siglo XVIII, según Julián Marías (1994), **se produce una «reacción sentimental» contra el racionalismo ilustrado**. Autores como **Diderot, Rousseau**, y algunos prerrománticos, como **Senancour, Richardson, Swift**, etc. se muestran contrarios al intento de explicarlo todo racionalmente. Se va abriendo camino la idea del misterio y del amor a la naturaleza y a todos los seres animados; entre ellos, la mujer, idealizada y descrita como la quintaesencia de la belleza y la ternura. En las pasiones se estima su salvajismo natural, y esta idealización culminará con la teoría del «buen salvaje» frente a la maldad del hombre civilizado.

Stendhal elaboró su **teoría de la cristalización** en la que considera que el amor es una ficción que oscila entre el idealismo y el pesimismo. Según Ortega y Gasset (1941), **Stendhal cree que el amor es, por esencia un error**: «Según Stendhal, nos enamoramos cuando sobre otra persona nuestra imaginación proyecta inexistentes perfecciones. Un día la fantasmagoría se desvanece, y muere el amor. Esto es peor que declarar, según viejo uso, ciego al amor. Para Stendhal es menos que ciego; es visionario».

Tanto **Nietzsche como Schopenhauer ven el amor como una trampa para perpetuar la especie**. Schopenhauer (1976) cree que la atracción sexual y la unión amorosa es la voluntad de vivir manifiesta en toda la especie: “La naturaleza necesita esa estrategia para lograr sus fines, ya que por desinteresada que pueda parecer la admiración por una persona amada, el objetivo final en realidad no es otro que la creación de un ser nuevo, y lo que lo prueba así es que el amor no se contenta con un sentimiento recíproco, sino que exige el goce físico”.

Para Schopenhauer las mujeres, por su condición de eternas menores de edad y su mayor debilidad de carácter, necesitan mucho más el amor que los hombres. Como ellos son superiores y pueden proporcionarle un hogar para criar a los hijos, las mujeres tratan de embaucarlos y seducirlos amorosamente; para ellas el amor es necesario porque no saben valerse por sí mismas. Los hombres también necesitan el amor para reproducirse, por ello caen en la trampa femenina del coqueteo y el encantamiento amoroso. No solo este filósofo, sino también muchos de sus

contemporáneos, justificaron y legitimaron la sujeción de la mujer al varón basándose en que la monogamia y la fidelidad sexual son lógicas y necesarias para ellas.

Entendieron el amor como un *mal necesario*, pero con unos objetivos claros: no el goce erótico o el ansia de autorrealización personal, sino la procreación. A menudo estos filósofos se lamentaban del efecto esclavizador que tiene el amor sobre los hombres. **«El primer momento del amor es cuando yo siento que no quiero ser una persona independiente»**, afirmó Hegel.

El amor era la trampa (Proust por ejemplo creía que enamorarse era tener muy mala suerte) y la mujer el símbolo de ese engaño o encantamiento. Se reconocía la utilidad del matrimonio porque las esposas son siempre buenas criadas que llevan el peso del hogar; pero el amor en cambio se sentía como un poder simbólico que afectaba a las emociones y el intelecto de los hombres. Tanto la magia como la mujer se consideran perversas, traicioneras, más próximas a la locura y la irracionalidad, la naturaleza y nuestro salvajismo.

Kierkegaard, a mediados del XIX, también ofrece una teoría original sobre el amor. Siguiendo a Javier Sádaba (1993), para este filósofo el amor por un lado se podía entender como ilusión, y por otro como un sentimiento que anularía o absorbería a la moral. Su máxima expresión es el amor romántico, definido por Kierkegaard como un encuentro inmediato entre aquellas personas que son tocadas o elegidas por el amor. Para Kierkegaard, la seriedad de un amor eterno no es estar en serie, que es propio del tiempo, de la sucesión temporal, sino de la decisión apasionada que mata el tiempo dando un salto por encima de él. Amar es sacar jugo a lo que existe hasta la locura de modo que lo existente se transforme en algo superior sin perder nada de lo que fue.

Con respecto al tiempo el amor puede tomar tres posturas:

- El *carpe diem*, que acabará en la desesperación puesto que el paso de un instante a otro es disolución sin acumulación, es un continuo asomarse a la pasión que, así, se aniquila.
- La persona que se resigna a la sucesión temporal e inaugura el matrimonio canonizado por la Iglesia y el Estado. El aburrimiento y el hastío son el sino de esta institución, cuyos miembros se creen compensados por la seguridad, la tranquilidad y una paz que le hace reposar ese tiempo que no trae sobresaltos.
- La que trata de hacer eterno el amor: la pasión dominada por la Voluntad no se detiene en el instante, sino que pasa o se suprime a una categoría diferente, a la de lo eterno.

La Pasión en nuestra cultura occidental

"El amor, más que un poder elemental, parece un género literario. Porque el amor, más que un instinto, es una creación,".

José Ortega y Gasset, filósofo.



Aprendemos a amar a través de los cuentos que nos cuentan en la infancia, los relatos de la adolescencia, las novelas, las películas y los musicales. Las historias de amor occidental están contadas bajo el esquema de nuestra estructura mental basada en la dualidad de los elementos opuestos: día/noche, blanco/negro, femenino/masculino, etc. , por eso **la pasión amorosa está inevitablemente ligada a la fusión de la vida con la muerte. El orgasmo pasional se desata con las contradicciones que se desatan entre el deber y el querer, el dolor y el amor, el deseo y el placer, el sufrimiento y la sublimación.**

La mayor parte de las historias pasionales son breves e intensas porque a pesar de su belleza y fuerza, acabarán siendo destruidas por la muerte o la imposibilidad. Y es que en nuestra cultura, la pasión está ligada a la idea de lo tormentoso, esa mezcla explosiva entre la felicidad y la obsesión, la locura transitoria, la borrachera de placer el amor sin medida, el amor no correspondido, el amor salvaje e "irracional".

Cuando nos sumergimos en esas historias dramáticas, sufrimos y disfrutamos a partes iguales, somos sado y masoquistas. Somos las escritoras de nuestras propias historias, el otro o la otra es el segundo narrador, y juntos/as construimos una película llena de orgasmos infinitos, infiernos bañados en lágrimas, desencuentros y discusiones tormentosas, borracheras de amor, éxtasis líricos, felicidades absolutas, miedos y reproches, rotura de muros de contención, paraísos artificiales, estrategias de todos los colores, y ese *niconitigonsinti* que tanto nos excita.

Cuando vemos películas también sufrimos, porque deseamos que los protagonistas estén juntos, pero no pueden por una serie de obstáculos (están casad@s con otra persona, sus familias se odian a muerte, su relación es incestuosa, o provienen de razas, religiones, idiomas distintos, o clases sociales diferentes).

El caso es que siempre hay un motivo para que la pasión sea breve, pero muy intensa. Piensen que **si los Capuleto y los Montesco comiesen juntos paella todos los domingos, Shakespeare no hubiera tenido una historia que contar llena de dramatismo. Romeo y Julieta se hubiesen casado felizmente y no habría trama**, ni superaciones, ni separaciones ni reencuentros, ni dolor, solo dos adolescentes afortunados que vivirán juntos por el resto de sus días, aunque sea echándose los trastos a la cabeza o sucumbiendo ante el paso del tiempo, la rutina, el aburrimiento, la incomunicación, las infidelidades, el peso de la convivencia...

Al tener prohibido optar por la felicidad conyugal y el hogar estable, ellos acaban trágicamente con su vida; querían estar juntos por encima de todo y no soportaban la separación. Si la historia nos conmueve es porque amor y eternidad están relacionadas con la *liberadora* muerte; los amantes, encegados, no ven nada más, no le encuentran sentido al vacío de sus vidas sin el amor del otro. Y protestan porque no les dejan estar juntos. Castigan a sus familias, les privan de su presencia en el mundo para que se sientan culpables por haberles separado. Tenían una fe ciega en su amor, y querían ir más allá de una realidad que no les gustaba, como en la mayor parte de las historias del Romanticismo que tendrá lugar en el siglo XIX.

Los psicólogos hablan del "**Efecto Romeo y Julieta**" característico de nuestros patrones románticos: **cuantos más obstáculos tiene una pareja para unirse, más intensa y emocionante será la historia**, más deseo suscitará en el otro, más se aviva la llama de la incertidumbre y el desasosiego, el reto de la conquista, la recompensa con premio por esperar, aguantar o por luchar contra los obstáculos.

Uno de los mayores afrodisíacos de nuestra cultura es la necesidad que nos entra de alcanzar lo imposible. Por eso nos enamoramos de quien no nos conviene, nos obsesionamos cuanto más pasan de nosotr@s, nos volvemos locos y locas por aquello que no podemos tener. Porque cuanto más lejos está, más lo mitificamos.

Y es que a los humanos y las humanas nos gusta mucho sufrir; nos viene de la cultura cristiana ese gusto por el derramamiento de dolor, lágrimas, pena, angustia, nostalgia, exhibido sin pudor ante el público. Por eso la pasión tiene ese trasfondo teatral que toma su máxima exponencia en las telenovelas latinoamericanas.

¿La pasión existe o la creamos nosotr@s?

Sobre la cuestión de si la pasión forma parte de la condición humana de manera natural, o si es una estructura narrativa, existe una gran controversia entre los y las investigadoras.

La idea de que hemos aprendido a amar a través de los relatos, con los que nos hemos transmitido generación tras generación unas estructuras amorosas determinadas, es

difícil de admitir sin más. Nos cuesta pensar que estamos condicionados por esquemas que se instalan en nuestro inconsciente. **Porque un@ cuando se enamora no siente a la cultura sobre sí, no siente que está casi programado/a para sentir todo lo que va a sentir.**

Esos esquemas emocionales están ya incorporados a nuestro organismo, a nuestra personalidad, a nuestro lenguaje, a nuestro arte, a nuestro deseo. **Incluso aunque nuestra ideología y nuestra filosofía de vida no sean capitalistas ni patriarcales, aún así, las emociones están hechas a su medida. Creo que resulta tremendamente difícil escapar de los mitos aun cuando poseamos toda la teoría anti-romántica del mundo.**

Entonces hay autores que defienden la idea, como **De Rougemont**, de que la pasión es una creación literaria que proviene del mito del amor cortés surgido en la Edad Media, de la que toda nuestra cultura es heredera. También **Peter Dinzelbacher** defiende la idea de que el amor fue un “descubrimiento” de los habitantes del siglo XII.

Clara Coria (2005) explica que en pleno inicio del siglo XXI es posible encontrar infinidad de vestigios de las épocas medievales *«que solo aparentemente quedaron enterrados en las sombras de la historia pasada. Vestigios que muy pocos/as reconocen porque han sido meticulosamente aggiornados con una cosmética de dudosa calidad»*.

[Es fácil ver esos vestigios medievales en las bodas que se celebran por la Iglesia, o en mitos como el de la princesa esperando en su castillo al otro mito, el príncipe azul.](#)

PASIÓN UNIVERSAL

Hay autores y autoras que defienden, en cambio, la idea de que la pasión amorosa es un fenómeno universal. Peter Dronke investigó las numerosas raíces culturales de la pasión en la literatura latina, popular y árabe, anteriores al amor cortés de la Edad Media.

“Ya en el segundo milenio antes de Cristo las canciones de amor de las mujeres de Egipto mezclan el amor apasionado con el matrimonio. (...) Tal vez gran parte de lo que nos parece una innovación no es más que la plasmación sobre el papel (o el pergamino) de unas ideas y unos sentimientos que llevaban mucho tiempo presentes en la sociedad pero que raramente o nunca habían sido expresados. Hay que tener mucho cuidado a la hora de hacer generalizaciones acerca del “descubrimiento” del amor en la Edad Media”, afirma en esta misma línea Leah Otis-Cour (2000).

También **Clara Coria** (2005) defiende que el amor romántico es un sentimiento tan antiguo como la Humanidad, y se remite a los mitos más arcaicos: *“Los pueblos de todos los tiempos han dejado múltiples registros del amor entre las personas a través de sus libros sagrados, textos filosóficos, poemas épicos, tragedias, comedias, novelas y tradiciones orales”*. Según Coria, lo único que ha cambiado es su forma de concebirlo

y de expresarlo; cada época ha desarrollado su propia idiosincrasia amorosa.

Yela (2002) explica que existen testimonios de la existencia de poemas, canciones y fábulas amorosas en las *antiguas civilizaciones no occidentales* como en la India y en Mesopotamia. En el antiguo Egipto hay testimonios de la existencia del fenómeno amoroso, por ejemplo el **poema que Ramsés II dedica a su esposa preferida, Nefertiti.**

*La única,...la amada sin par
la más bella de todas ...mirala...
Es semejante a la estrella brillante
al comienzo de un año feliz.*

*Ella es resplandeciente de
perfección ..radiante su piel
y encantadores sus ojos
cuando miran.*

*Dulce es el habla de sus labios
sin decir palabra inútil
largo es su cuello y luminosos sus pechos
con una cabellera de auténtico lapislázuli.*

*Sus brazos superan el esplendor del oro
y sus dedos como cálices de loto.
Lánguidos son sus muslos
y estrecho su talle.*

*Sus piernas soportan su belleza
su grácil paso roza los suelos
y con sus movimientos captura mi corazón.´*

*´Oh, mi sabroso vino.... mi dulce miel tu boca...
tus palabras me deleitan
tus labios.... tus besos me enloquecen ven, mi amada hermana´.*

Definición de Pasión

Los medievales denominaron a la pasión *acedía o amor heroico*, enfermedad que deja al hombre embobado, y “*tan alterado está el juicio de su razón, que continuamente imagina la forma de la mujer y abandona todas sus actividades, tanto que, si alguno le habla, apenas logra entender, y puesto que se sumerge en una incesante meditación, se define como angustia melancólica*”
Lilium Medicinale de Bernardo Gordonio (1285).

El término del amor apasionado, *amour passion*, fue acuñado por Stendhal, e implica una conexión genérica entre el amor y la atracción sexual. El amor apasionado se caracteriza por un estado de extraordinariedad y de fuerte implicación emocional con el otro que puede llegar a desarraigar al individuo de su mundo porque *“genera un caldo de cultivo de opciones radicales así como de sacrificios. Por esta causa, enfocado desde el punto de vista del orden social y del deber, es peligroso”* (Giddens, 1995, siguiendo a Stendhal). En la mayor parte de las culturas ha sido considerado como un fenómeno subversivo, porque altera el orden social y la vida cotidiana.

La vida y la muerte

Decíamos al principio que **el amor pasional es trágico porque necesariamente ha de acabarse de forma abrupta.** Una película, por ejemplo, que cuente la forma de laguidecer o la agonía de la relación amorosa a manos del tiempo es lo más aburrido que nos pueden contar, y de hecho, nadie lo hace.

Lo interesante de la pasión es que se asesina la propia historia de amor, bien por parte de uno o dos de los dos implicados, bien por causas externas ajenas a la voluntad de ambos. Su importancia radica en que **ese amor exacerbado y ciego no es eterno, es absoluto en sí mismo y está alimentado por la imposibilidad y el deseo,** tensiones contradictorias entre sí, que estallan en un maremagnum de emociones.

Por eso a veces la pasión muere cuando se satisface el deseo. La pasión es cazadora, guerrera y dominadora; la angustia del amante pasional es no poder poseer nunca del todo a su amante, por eso eterniza el instante. El tiempo para el amor pasional se congela y se vivifica; esa sensación de irrealidad es lo que provoca precisamente la adicción, la dependencia, la obsesión y la locura... por eso el amor pasional envilece a las personas, según De Rougemont (1939):

“El amor es una amarga desposesión, un empobrecimiento de la conciencia vacía de toda diversidad, una obsesión de la imaginación concentrada en una sola imagen; y a partir de entonces el mundo se desvanece, “los demás” dejan de estar presentes, no quedan prójimo, deberes, vínculos que se mantengan, tierra ni cielo: estamos solos con todo lo que amamos”.

El “intoxicado por amor” es, para De Rougemont, un ser degradado cuyos sentidos se embotan, su lucidez se debilita y acaba idiota.

Sentimos demasiado

El lenguaje científico contemporáneo ha explicado la pasión como un síndrome relacionado con la química del cerebro: los niveles altos de dopamina están asociados con una motivación intensa y unas conductas dirigidas a unos objetivos, así como a la ansiedad y el miedo. Helen Fisher (2004) afirma que la naturaleza fue demasiado lejos en lo que se refiere a las emociones humanas:

“Sentimos demasiado. La razón reside probablemente en el tamaño de la amígdala humana, una región de forma almendrada situada en un lado de la cabeza, por debajo de la corteza, que es el doble que el de la amígdala de los simios. (...) Esta región cerebral desempeña un papel fundamental en la generación del miedo, la rabia, la aversión y la agresión; algunas de sus partes también producen placer. Con esta capacidad cerebral para generar emociones fuertes y a menudo violentas, los humanos podemos unir nuestro impulso de amar con un enorme repertorio de sentimientos”.

Esos repertorios nos son facilitados a través de los relatos que nos han llegado desde los albores de nuestra cultura. **En la Antigüedad griega, por ejemplo, el amor y la pasión aparecen como temas fundamentales de la lírica griega desde sus orígenes.** De la época helenística heredamos la tragedia o novela sentimental, según Lourdes Ortiz (1997):

“El amor para los griegos es dios o semidiós, fuerza poderosa que con sus dardos sorprende al hombre o la mujer y los arrebatata. Una especie de posesión, un trance, un desequilibrio que debe deshacerse para que el hombre o la mujer recobren la calma, calma que se recobra en el abrazo. Pero el amor es soberano y perturba con su dulce dardo a los mismos dioses que en las primitivas teogonías, se muestran caprichosos e insaciables: Zeus toma mil formas para poseer a aquellas que desea: es lluvia de oro, nube, toro furioso, águila que rapta a Ganímedes. Hombres y mujeres indistintamente son presas de un Eros voluble, que tira sus dardos al azar, sin importarle el sexo ni la condición de aquel que es atacado: hombre que ama al hombre, mujer a la mujer, viejo que ama al niño, doncella que tiembla ante el joven mancebo”.

La alegría de los primeros poetas líricos, compartida por hombres y mujeres va dejando paso en la sociedad griega a un enfrentamiento trágico entre el logos y la pasión. Uno representa el orden y el otro el caos; la mujer será representada como el símbolo de ese caos irracional, esa pasión salvaje. Eurípides, por ejemplo, representa a las mujeres como brujas capaces de manejar extrañas hierbas y cultos extranjeros.

Para Ortiz (1997) **la grandeza de la tragedia griega es que nos ha dejado para siempre esos personajes femeninos inolvidables, fuertes y quebradizos a un tiempo, capaces de amar y de llorar, pero reflexivos; son seres que aman y piensan:** *“desde la más fiera y salvaje como Medea, hasta la más gallarda como la Antígona de Sófocles”.*

El desasosiego desconocido que tortura a **Cloe**, la virgen-niña, pastora ingenua, que siente el despertar de su cuerpo ante la belleza del cuerpo desnudo de Dafnis, su amigo, su camarada; una historia contada por Longo en el siglo II d.C. Otra historia de Amor es la de **Leandro y Hero**, escrito por Museo en el último tercio del siglo V d. J.C.

Según Ortiz, todos sus protagonistas pasan a integrarse en el imaginario del amor en Occidente y serán recuperados una y otra vez en poemas, versiones, relatos y homenajes a lo largo de los siglos, *“proporcionando, como las Heoridas de Ovidio (historias de amantes desdichadas), no sólo materia de relato y ejemplo, sino*

principalmente imágenes, metáforas, marco incluso para el desarrollo de la pasión, sobre todo a partir del Renacimiento, pero también en la Edad Media”.

En Roma sus grandes poetas líricos, como Ovidio o Virgilio, volverán a las fuentes una y otra vez para construir una mítica del amor, “**entronizando al niño alado y creando los modelos y las imágenes cuajadas de sensualidad y vigor, de los que se nutrirá un buena parte de la literatura amatoria en Occidente**”. Ovidio, experto en artes amatorias, elabora en el *Ars Amandi*, una especie de manual para enamorados y enamoradas.

El amor cortés



En la Edad Media se creó el núcleo del repertorio sentimental de Occidente: gran parte de sus ritos y mitos han perdurado hasta nuestros días. Hoy **la utopía posmoderna del amor es un collage de ideologías amorosas; ha surgido una fusión entre la mitología del amor cortés y el amor romántico por un lado, y el individualismo hedonista por otro**. Clara Coria (2005) es de las autoras que defiende la idea de que en pleno inicio del siglo XXI es posible encontrar infinidad de vestigios de las épocas medievales «*que solo aparentemente quedaron enterrados en las sombras de la historia pasada. Vestigios que muy pocos/as reconocen porque han sido meticulosamente aggiornados con una cosmética de dudosa calidad*».

Un ejemplo de ello lo encontramos en **el mito de la princesa rosa**, que sin duda comenzó a gestarse en la época de los trovadores, pero que actualmente perpetúa la desigualdad de género al estar **basado en un estereotipo de mujer débil y bella, apta para esperar y ser contemplada**; y ritos como **la boda católica**, en el que aún persisten (incluso en la ceremonia civil), ritos como hincar la rodilla para pedir matrimonio, la pedida de mano al pater familias, el vestuario de princesa-virgen, los símbolos, las imágenes, las declaraciones, el protocolo, etc. A estos mitos medievales se

suman los decimonónicos del romanticismo; pero hoy vamos a ahondar en el amor cortés, que surgió en Europa alrededor del siglo XII.

Los medievales denominaron a la pasión **acedia** o amor heroico, enfermedad que deja al hombre embobado: *«tan alterado está el juicio de su razón, que continuamente imagina la forma de la mujer y abandona todas sus actividades, tanto que, si alguno le habla, apenas logra entender, y puesto que se sumerge en una incesante meditación, se define como angustia melancólica»* (Lilium Medicinale de Bernardo Gordonio, 1285).

La poesía amorosa medieval, tanto la lírica popular como la culta, está impregnada de valores cristianos, de los que surgen **los romances de pareja**, cuya trama es, según la historiadora Leah Otis-Cour (2000), extremadamente simple: el muchacho se encuentra con la chica, luego la pierde a causa de los obstáculos (principalmente la oposición de las familias) y finalmente la recupera, terminando todo con un final feliz.

La historiadora alemana distingue entre dos tipos básicos de romances: en los romances «idílicos» los amantes han sido criados juntos, mientras que en el otro tipo los amantes se conocen cuando son jóvenes adultos. Cronológicamente, el primero en aparecer fue el tipo «idílico»: **Flore et Blancheflor**, cuya primera versión data de la primera mitad del siglo XII, fue uno de los romances más populares de la toda la Edad Media.

Según Otis Cour, lo más característico de estos romances es que representan un concepto «canónicamente correcto» del amor y del matrimonio en la sociedad. Son verdaderos himnos a la monogamia, sin adulterio, sin sexo prematrimonial, sin divorcio:

“El matrimonio se constituye, de acuerdo con el derecho canónico, por el libre consentimiento de la pareja. Los amantes son invariablemente buenos cristianos, van a misa y practican la caridad. [...] El carácter igualitario y recíproco de la relación se revela en la manera en que tiene la pareja de abordar la unión conyugal. Sin el conocimiento de los padres, solos o en presencia de uno o dos amigos íntimos nada más, las parejas se prometen eterna fidelidad mutua. [...] No obstante, estas parejas que se han unido para siempre, no consuman su matrimonio hasta celebrar públicamente la boda; se amarán y se besarán pero no tendrán relaciones sexuales hasta que se haya celebrado el matrimonio públicamente”.

Además de ser **canónicamente correctos**, estos romances reflejan también una visión coherente de la sociedad secular. El matrimonio presentado normalmente es **hipérgamo**: ella es la hija de un rey o emperador, mientras su amado, que siempre es un noble, se encuentra en una posición inferior como hijo de un noble local, como por ejemplo en **Jehan et Blonde** o **Paris et Vienne**.

Los hombres se sentían atraídos por estas historias amorosas porque alimentaban sus esperanzas de ascender socialmente por amor; la atracción para las mujeres era que las heroínas no eran solo socialmente superiores a sus amados, sino también «extremadamente activas y emprendedoras, y a menudo toman la iniciativa en la declaración de amor». (Otis Cour, 2000)

La característica principal de estos matrimonios por amor es que los padres finalmente ceden a los deseos de los hijos, y se reconcilian con ellos. **Ellos serán felices, tendrán muchos vástagos y gobernarán sus tierras con justicia:** «La ideología expuesta en estas historias es la ideología de la justicia y la paz basada en el amor, amor social que surge del amor personal de la pareja gobernante» (Otis Cour).

Romances con tramas muy similares fueron muy populares en Bizancio en aquella época; posteriormente, en el siglo XIV se encontraron historias parecidas que acaban en boda feliz en Islandia. Esto demuestra el considerable impacto del género del romance sentimental sobre la literatura y la mentalidad medievales, según la historiadora: aunque la mayoría surgieron en Francia, fueron traducidos en diferentes versiones a todas las lenguas europeas. Solo de *Flore et Blancheflor* se conocen veinte versiones distintas entre los siglos XII y XVI. *La bella Magelone* llegó a ser tan popular en Alemania como en Francia, y *Paris et Vienne* fue traducida al latín, inglés, alemán y armenio.

La épica medieval denominó a este concepto *fin`amor*, cuya esencia, afirma Schnell, es el poder ennoblecedor del amor. Es aquí donde hallamos la conjunción por fin entre sentimientos individuales y el orden político, social y económico. Es un acople perfecto entre amor y matrimonio, aunque los amantes tuviesen que realizar una pequeña transgresión: casarse a solas con el cura para después legitimar su matrimonio públicamente.

«La idea de que el amor convierte al amante en una persona mejor, que el amor es la fuente de todas las virtudes es lo que verdaderamente caracteriza todas las manifestaciones del amor cortesano. [...] Lejos de ser subversivo, el ideal cortesano que se desarrolló en la literatura bajomedieval y se difundió en toda la sociedad bajomedieval, en todos los países y todas las clases sociales, buscó la integración de ese amor en la sociedad a través del matrimonio. Cuando un hombre amaba y lo hacía de acuerdo con el código de la época, respetando la reciprocidad y la fidelidad, era un ciudadano mejor, y si pertenecía a la clase alta, más idóneo para gobernar. La justicia y la paz de un país bien gobernado tenía su origen en el respeto mutuo y el matrimonio armonioso de sus gobernadores». Citado en Leah Otis Cour (2000).

Leah Otis Cour entiende que los romances medievales no eran un fiel reflejo de la manera de vivir de las gentes de aquella época, pero lo cierto es que los pleitos matrimoniales llevados ante los tribunales eclesiásticos muestran innumerables ejemplos de enamorados que se habían unido en secreto para evitar la oposición parental a veces instruidos y animados por sacerdotes, especialmente franciscanos.

Joachim Bumke por su parte ha calificado el amor cortesano de «**utopía social**», es decir, supone la creación de un sueño en torno a una sociedad idealizada que contrastaba con la ruda realidad de la vida cortesana. Este mito puso de moda poner a los hijos nombres de héroes y heroínas románticos ya en el siglo XII en el Lacio y afectó más tarde a todos los niveles de la sociedad, **como el caso del niño inglés que recibió el nombre de Truelove en el siglo XIV**, según nos cuenta Otis Cour, 2000.

Paralelamente al *fin`amor* surge otra variante amorosa: **la cortezia, el amor cortés.** Cuando **el adulterio entró a formar parte de la temática de estos**

romances, las historias empezaron a estar basadas en obstáculos, imposibilidades y prohibiciones: el amor será aquí subversivo del orden social, arrasador y transformador.

El mito de **Tristán e Isolda** será el ejemplo más paradigmático de cómo la **pasión se asocia al sufrimiento, y cómo los obstáculos (las normas sociales, las disposiciones reales, las imposiciones católicas) exacerbaban el amor hasta convertirlo en algo sublime y trágico**. Tristán e Isolda no se sienten atraídos el uno por el otro al conocerse; pero se enamoran por efecto de la magia de un filtro amoroso destinado al futuro marido de Isolda, el Rey y tío de Tristán. La fatalidad les empuja a cometer incesto, adulterio y de atentar contra el orden divino de la monarquía; el amor se presenta como un fenómeno incontrolable, tóxico, adictivo.

Tristán e Isolda no se aman el uno al otro tal y como son, sino que más bien se aman de forma distorsionada por ese efecto químico de consecuencias arrasadoras (Isolda no acude a casarse con el Rey y huye con el sobrino, Tristán). Sin embargo, **pasado un tiempo de felicidad, la rutina y la monotonía les aburre profundamente, así que Isolda va a casarse con el Rey y Tristán se promete a otra mujer que se llama también Isolda, pero a la que no ama. Y así es como descubren que los dos se aman más en la ausencia que en la cercanía, porque la distancia exagera su amor**. Según De Rougemont, no pierden la oportunidad de separarse en cuanto pueden, para amarse locamente desde la imposibilidad. Incluso estando juntos, duermen a veces con la espada de Tristán entre ambos; ellos mismos ponen las barreras adecuadas para exagerar el deseo.

Por esto, De Rougemont afirma que **en estos romances trágicos comenzó la tradición novelesca basada en la pasión como sufrimiento**. La poesía de los trovadores es la exaltación del amor desgraciado. *«No hay en toda la lírica occitana y la lírica petrarquesca y dantesca más que un tema: el amor; y no el amor feliz, colmado o satisfecho (ese espectáculo no puede engendrar nada); al contrario, el amor perpetuamente insatisfecho y finalmente no hay más que dos personajes: el poeta que ochocientas, novecientas, mil veces repite su lamento y una bella que siempre dice que no. [...] Jamás la retórica fue más exaltante y ferviente. Lo que exalta es el amor fuera del matrimonio, pues el matrimonio significa solo la unión de dos cuerpos, mientras que Eros es más ideal que carnal; el amante se hace vasallo de la dama, pero su amor es puro y grandioso, de modo que se vive más en la distancia. Los hombres vivían amores imposibles que dejaban en sus corazones una quemadura inolvidable, un ardor verdaderamente devorador, una sed que solo la muerte podría extinguir: fue la misma “tortura de amor” lo que se pusieron a amar por sí misma»*.

Para algunos autores, el amor cortés ensalzó la figura de la mujer como la **dama santa, y la dotó de una importancia social que no había tenido hasta entonces**. Gilles Lipovetsky (1999), por ejemplo, opina que el código del *amor pasión* permitió al mismo tiempo a las mujeres beneficiarse de una imagen social más positiva (a una mujer ya no se la compra o intercambia, sino que hay que conquistarla enamorándola), y ganar márgenes de libertad y nuevos poderes en el intercambio

galante. Esto, con el tiempo, evolucionará hasta lograr la libertad de la mujer en la elección del cónyuge: *«Al menos durante la época del cortejo, la mujer adquiere el estatus de soberana del hombre; ya no es tomada ni ofrecida, sino que es ella quien elige darse, quien recibe los homenajes del amante, quien dirige el juego y concede, cuando quiere, sus favores, y el pretendiente solo puede tomar lo que la mujer decide ceder»*.

Anthony Giddens (1995) admite que la feminidad, en la época del amor cortés, se mitificó y se divinizó, y también acepta que de algún modo, la cultura amorosa feminizó a los hombres, porque, *«la captura violenta de las mujeres, las maneras rápidas y poco complicadas de conducirse con ellas dieron paso, en las esferas superiores de la sociedad, a un código de comportamiento que prescribía la humildad y la reserva por parte de los hombres, la paciencia y la delicadeza con respecto a la dama, la veneración y la celebración poética de la amada»*. Sin embargo, para Giddens, esta «desvilirización» de las maniobras de seducción masculinas no supuso el fin del pensamiento dicotómico que atribuye a los hombres el poder de la iniciativa, y a las mujeres el papel pasivo de la espera.

La seducción masculina en la época medieval se estructuró en torno a estos tres principios básicos: la declaración de amor, las lisonjas a la mujer, y la promesa de matrimonio. **Las damas eran amadas así en abstracto, pues representaban la posibilidad de ascensión social y económica en tiempos de paz, y botines de guerra en tiempos revueltos**, todo ello embadurnado con la idealización de la pasión y la ternura, mitificado como un tesoro inalcanzable. Por ello podemos decir que los amores corteses fueron amores utópicos: los trovadores y los caballeros estaban más enamorados del amor y de sus sentimientos, que de las personas en las que centraban su atención.

Además, esta relación de vasallaje en realidad impuso más distancia aún entre mujeres y hombres, porque jerarquizaba sus posiciones y definía sus roles de manera muy diferenciada. A los hombres se les otorgaba la capacidad para actuar, insistir, utilizar todo tipo de estrategias para seducir a damas resistentes que gustan de ser admiradas, aduladas y engatusadas con promesas de amor eterno y felicidad plena. Las promesas de matrimonio feliz funcionaban al ser engalanadas con la poesía y la música; porque tuvieron un éxito arrasador en su época y aún hoy seguimos soñando con finales felices.

El amor cortés en teoría ensalzó la feminidad: **las mujeres eran colocadas en un pedestal como frágiles doncellas susceptibles de ser protegidas y mimadas por su enamorado.** Son todas mujeres de suaves manos, piel blanca, rubia cabellera, que no tienen que labrar las tierras de sol a sol y cuya única función es esperar las adulaciones de jóvenes pretendientes, que agudizaron su ingenio para crear bellas composiciones con las que ablandar el corazón de la amada, rica heredera de tierras y recursos.

Una vez que las mujeres cedían, es decir, cuando los *enamorados* lograban desposarlas, eran bajadas de su pedestal para ser propiedad de sus esposos, de modo que dejaban de ser "superiores" y, paralelamente, susceptibles de ser deseadas. **Al casarse las mujeres se sometían, por eso sin duda la etapa del cortejo era tan larga;**

para ellas se trataba de resistir y continuar siendo deseada; para ellos se trataba de *asediar* a una mujer del mismo modo que a una torre del castillo enemigo, sin desfallecer, utilizando el arte y las metáforas como estrategia seductora.

Pienso que los restos del amor cortés que subsisten en nuestra cultura amorosa no ayudan para la creación de parejas igualitarias sin jerarquías ni pedestales donde sea fácil el intercambio de roles. También creo que precisamente la idealización del amor cortés es lo que nos hace tan desgraciad@s cuando nos enamoramos; la realidad siempre se impone, y la mitificación del amor pasional como lugar de armonía y perfección solo conlleva, en nuestros días, una intensa frustración que avinagra los caracteres y amarga las relaciones más dulces.

Por eso, menos palabrería medieval, y más acercar las almas para llegar a quererse. Las promesas en torno al futuro son siempre vanas porque no podemos controlar lo que nos puede suceder, de modo que resulta absurdo creerse que el futuro va a ser igual o mejor que el presente, pero siempre controlado. **Las palabras idealizan futuros, crean escenarios grandiosos que van más allá del aquí y del ahora; yo abogo por más aquí y más hora, más comunicación no verbal, más realidad en la unión con la otra persona, menos máscaras y adornos, ningún muro que escalar** (muros de miedo, muros de intereses personales que chocan, muros de contención de emociones). Un amor menos cortés, y más cercano, en definitiva.

Absolutismo político y desenfreno amoroso: la pasión del siglo XVIII



Después del [amor cortés](#), y antes del Romanticismo, en el XVIII se da una etapa denominada la **época galante**. en la que se exalta la pasión y la lujuria, según el historiador Eduard Fuchs (1911). Durante el siglo del absolutismo el amor se convirtió en galantería, en un juego erótico que puede remodelarse ilimitadamente: *“Todas las modalidades posibles de veneración no eran sino refinadas modalidades de juego.”*

Fuchs cuenta que en aquel siglo la lubricidad será socialmente

permisible: *“No se la reconoce oficialmente como virtud pero se la ideologiza al servicio del supremo fin de la vida, “el disfrute del placer. Ese objetivo la justifica. La opinión común no hace de la ramera una cloaca pública sino una consumada experta en el amor; para el esposo o la amante, la mujer infiel o la amante es tanto más picante cuanto más infiel”.*

La omnipotencia sociopolítica y económica de los hombres les permitía vivir exclusivamente del capricho de sus deseos, por eso las mujeres acabaron convirtiéndose en esclavas del capricho y el deseo masculino: *“La más loca extravagancia contra natura terminó por convertirse en norma generalmente admitida: el hombre transformó a sus esclavas el derecho de señoría y les sirvió como esclavo”.*

De este modo, **el masoquismo se erigió en ley universal del amor.**

La pasión del siglo XVIII era muy teatral, consistía en unos ritos y unos patrones de seducción que hacía disfrutar mucho a los amantes, porque estaban basados en el humor, el ingenio, la ambigüedad, el juego de palabras, la ironía, la fluidez del verbo, y la simpatía personal. A las mujeres se las lisonjeaba con palabras seductoras, y todos los hombres se esforzaban en hacerlas sentir especiales y únicas: *“A cada una había que decirle y probarle que era ese ser espléndido capaz de acelerar el fluir de la sangre, etc. Todas y cada una de las mujeres se tenían y debían tenerse a sí mismas por reinas. (...) La verdad y la franqueza eran sustituidas por la cortesía y una adulación más o menos acusada de acuerdo con las circunstancias”* (Fuchs, 1911).

Con las mujeres, toda conducta masculina tiene un marcado acento erótico; esto es lo que precisamente distingue la época de la galantería con todas las demás épocas, según Fuchs. También Julián Marías (1994) afirmará que el amor galante va a ser principalmente erótico, sensual e ingenioso, como lo demuestra la literatura de la época.

En este siglo son frecuentes en las novelas los amores fracasados e infelices, *“y no por mala suerte o presión de las circunstancias, sino sobre todo por carácter o falsedad de las relaciones o de los sentimientos”.* El paradigma es **“Las Amistades Peligrosas” (Les Liaisons dangereuses), de Choderlos de Laclos.**

Esta novela supuso la **aparición de la primera doña Juana en el género literario**, pues *“su representación teatral aún era inconcebible por la provocación directa que suponía personalizar en público el peor vicio femenino”.* La marquesa, junto con el conde Valmont, representa **el Don Juan absoluto:** *“Primero fueron amantes, luego asociados y finalmente enemigos al planificar al modo castrense sus respectivas aventuras eróticas; ambos personajes constituyen, por encima de su común apetito sexual, dos cabezas aunadas para pensar, razonar, planear, polemizar y ejecutar el arte de perseguir, cazar, burlar y herir a muerte tanto a hembras como a mujeres, elegidos conjuntamente”.* (Elena Soriano, 2000).

Lo más impresionante de esta novela según mi punto de vista es **la perversión del disfrute, el modo en que los dos amantes exacerbaban su lujuria para**

aumentar su intensidad. Es un maravilloso juego de luchas de poder, es una guerra contra el amado, es una forma de espolear las brasas de un amor que como no tiene obstáculos excepto la rutina y el aburrimiento, se los inventa, aun a costa de destruir la inocencia de los demás personajes.

De las dos cabezas, la más importante, la que dirige y organiza las estrategias amorosas respectivas es la femenina, según Elena Soriano. Mientras que Valmont muere arrepentido y perdonado por su víctima más virtuosa, como el don Juan romántico, la marquesa de Merteuil mantiene íntegra su condición de *señora respetable* hasta el final, cuando la realidad le pone un límite a la tremenda hipocresía social de la época. **Como casi todas las heroínas, la marquesa es castigada al final por su desviación, por su lujuria, por sus estrategias amorosas.** Hay autoras que creen que el castigo final fue añadido quizás por Laclos en un vano intento de que su libro fuera aceptado por la alta sociedad.

La diferencia entre ambos protagonistas es clara: el libertino Valmont nunca pierde su prestigio social, es perdonado por su última víctima, muere en un duelo honorable, rodeado de comprensión hacia sus errores y de compasión por su mala suerte; mientras que su genial cómplice, al ser descubierta, termina sus días no sólo cubierta de desprecio social, sino que le ataca la viruela. Son los dos peores castigos que podía concebir una mujer seductora de alto rango, con lo cual su creador, según Soriano, “*riza el rizo de la ejemplaridad*”. La marquesa de Merteuil, acaba siendo castigada por su actitud frívola y cruel, por su falta de ingenuidad con respecto al amor, por sus juegos malévolos que destruyen corazones ajenos.

En esta novela, el amor es, según Lourdes Ortiz, un “*ejercicio de la mente, sometida a principios, controlable y dirigida, un ejercicio de salón que requiere reflexión, cálculo y estrategias. (...) En la apuesta mutua de la marquesa y el vizconde, en esa extraña relación de amantes satisfechos, entregados a juegos de seducción para avivar o renovar los placeres, quedaba excluido el amor, entendido por ambos como debilidad u ofuscación de la razón; por tanto, informe sentimiento que debía ser despreciado. Ambos construyen una ética del goce, edificada sobre el puro razonamiento. Cuanto más refinado, complejo y perverso, más satisfactorio*”.

Otro paradigma fundamental de esta época es **el Marqués de Sade**, para el que la pasión no es más que un apetito egoísta, impulso natural que hay que dejar oír y que no admite la emoción ni el sentimiento. **Sade despoja al amor de toda su inocencia, pero también de la profunda hipocresía con que las personas se aman. Condena al amor como una construcción represiva, delirio de la insatisfacción, producto de la continencia y de todo tipo de represiones.**

Para Sade no importan las personas, sólo cuenta el deseo, que es móvil y cambia velozmente de objeto:

“¿Qué es el amor? No se puede considerar, me parece, que sea algo distinto del efecto resultante de las cualidades de un objeto hermoso sobre nosotros; esos efectos nos transportan, nos inflaman; si poseemos esos objetos, estamos contentos; si nos es

imposible obtenerlos, nos desesperamos. ¿Pero cuál es la base de ese sentimiento? El deseo. ¿Cuáles son las consecuencias de ese sentimiento? La locura. (...) Todos los hombres, todas las mujeres se parecen; no hay amor que resista a los efectos de una reflexión sana. ¡Oh que idiotez es esa borrachera que, absorbiendo en nosotros el resultado de los sentidos, nos pone en tal estado que ya no vemos nada, no existimos más que para ese objeto adorado! ¿Es eso vivir? ¿No es más bien privarse de todas las dulzuras de la vida? ¿No es querer permanecer en una fiebre ardiente que nos absorbe y nos devora, sin dejarnos más felicidad que la de los goces metafísicos, tan similares a los efectos de la locura?... Unos pocos meses de goce, que acaban colocando al objeto en su verdadero lugar, nos hacen enrojecer al pensar en el incienso que hemos quemado en sus altares y no llegamos siquiera a concebir entonces cómo pudo seducirnos hasta ese punto”.

Por esta razón, Sade logra que sea la razón la que dirija y ordene el placer, plagado de perversión. Su literatura es una pedagogía de la pasión según la cual todo puede enseñarse y todo puede aprenderse. En Sade las actitudes sádicas y sumisas demuestran que el deseo está imbricado con el poder, y que de lo que se trata es de erotizar al cuerpo dominándolo, transformándolo, rompiendo su pureza. El goce de Sade es más mental que físico, y está revestido de crueldad.

El siglo XIX, sin embargo, dará un cambio radical mitificando e idealizando el amor como el medio para alcanzar la belleza y el conocimiento...

Coral Herrera Gómez

El Romanticismo Patriarcal



El Amor Romántico

Nuestra cultura amorosa occidental es hija de la gran ola romántica del XIX, una época en la que los hombres eran ciudadanos de pleno derecho y las mujeres meros objetos de deseo. Como si de una droga se tratase, a través de la mujer idealizada los enamorados emprendían su búsqueda hacia el conocimiento, hacia la trascendencia, la belleza sublime, la felicidad eterna. La imagen estereotipada del romanticismo que compartimos es una época de abundante creatividad literaria y artística en la que **los hombres son los artistas** que escriben, que piensan, que pintan, esculpen y aman, y **las mujeres son las amadas**, damas distantes que provocan dolor. **Los románticos no se enamoraban de campesinas o de proletarias, sino de princesas**, mujeres etéreas confinadas en espacios asfixiantes, féminas imposibles de alcanzar por diversos motivos (están casadas, comprometidas, están reservadas a hombres de mayor rango...).

Lo que nos ha llegado del Romanticismo son los sentimientos exacerbados, la individualidad a ultranza, la profundidad y el arrebató de las emociones, el tormento que se vive *desde y para* el interior de uno mismo. Más que la persona amada, lo que importa a los románticos es **la rebeldía contra una realidad que no se adecúa a sus deseos**, y por tanto, la necesidad de evasión a mundos fantásticos o paisajes exóticos. El romántico está dominado por la insatisfacción permanente del que ama y la necesidad de perder el tiempo en elucubraciones poéticas en torno a sus zozobras sentimentales. **Lo motiva a crear el deseo de alcanzar cúspides utópicas, perfectas y eternas. Por eso se suicida si no lo logra**, en lo que hoy interpretaríamos como una especie *detolerancia cero a la frustración*, en una oposición salvaje al *no* y a la realidad pura y dura.

El romántico está fascinado por la búsqueda de la fusión primigenia, el encuentro con la totalidad, pero desde el sentimiento de pérdida y desesperanza. **Es un niño que quiere volver al vientre materno, un lugar lleno de paz y de necesidades colmadas, y que emplea el resto de su vida en soñar con el paraíso perdido**

a través de la figura de la amada. El *Yo trágico* se verá representado en la figura del genio, surgida en el Renacimiento, recuperada por el neoplatonismo, y exacerbada en el Romanticismo, según Rafael Argullol (1984) . En el siglo XIX, el *artista genial*(pensado en masculino, insisto) adquiere la clara conciencia de su total independencia de las reglas y de las normas; su arte se basa en la inspiración. El artista y el escritor romántico buscan en su Yo más profundo la materia prima de su creatividad; por eso quizás la egolatría y el deseo de grandeza del creador, que **ha de demostrar que “su mundo no es este” a través de actos heroicos como el suicidio o los actos de autodestrucción.**

El Romanticismo, sin duda, introdujo un elemento novelesco dentro de la vida individual, una especie de neoplatonismo idealizante, un *sentimiento trágico de la vida* mezclado con grandes dosis de victimismo y una serie de barreras autoimpuestas para experimentar el dolor más desgarrador. En las novelas del siglo XIX sus protagonistas se desenvuelven en angustias existenciales, deseos de plenitud y desbordamiento emocional. **Los románticos y las románticas necesitaban subidones de adrenalina, incendios del alma, desesperación por alcanzar la eternidad, frustración continua por no poder alcanzar la felicidad.** Los enamorados se declaraban *esclavos* de sus amados y amadas, y cometían todo tipo de locuras y excesos irracionales por amor.

En el XIX, la novela alcanza su máxima expresión con el sentir romántico. En ella, los grandes ideales a alcanzar eran **el amor y la libertad**, dos abstracciones a través de las cuales lograr la autorrealización, encontrarse consigo mismo y encontrar un por qué a la existencia. A través del deseo de fusión, el romántico realiza una búsqueda de sentido, pretende hallar una respuesta a las preguntas, una forma de acabar con la contingencia, una manera de controlar el futuro. **El amor romántico es, así, un instrumento para elevarse por encima de la miseria humana y para enajenarse, evadirse, vivir otras realidades, llevar la propia hacia el extremo.**

La reivindicación del Romanticismo fue la individualidad frente a la colectividad, el yo frente a la masa; es el *sálvese quién pueda*, por eso la actitud romántica nace con el capitalismo y la clase acomodada de la burguesía. El romanticismo es, de este modo, individualista, aristócrata y libertaria a un tiempo. El artista se siente desengañado del mundo, pero también se siente el centro de *sumundo*, el lugar desde el que se relaciona con los demás. Por ello si la realidad que se le impone no le gusta, tiene derecho a expresar su rabia, como un niño mimado, en forma de angustia sublimada.

El Romanticismo expresa un sentir dramático, una especie de tormento narcisista, una forma infantil de relacionarse con el mundo y una manera de soñar utopías irrealizables de carácter egoísta. El romántico se rebela, pero en lugar de luchar huye hacia lugares de ensueño, paisajes exóticos, atardeceres sublimes, lugares remotos donde la realidad no le alcanza. Desea cambiar el mundo, pero como no sabe organizarse políticamente con el resto de los descontentos, prefiere huir e imaginar un mundo *mejor*, construido imaginariamente a su medida. El poeta romántico siempre está insatisfecho, no se adapta a las convenciones, reniega de la realidad y pretende trascenderla a través del amor.

Los héroes románticos son seres solitarios, asociales; como héroes trágicos se hallan en guerra perpetua contra el universo carcelario que les rodea y que advierten también en su interior. Huyen de la soledad, pero la necesitan, del mismo modo que desean sufrir. Denis de Rougemont (1939), defiende la idea de que el amor romántico está basado en el tormento continuo, que nos eleva espiritualmente. El sufrimiento y la idea de la muerte intensifican la realidad cotidiana, dotándola así de una dimensión grandiosa. **Por eso los románticos asumen el dolor y el placer como hermanos inseparables. Es más, sufren innecesariamente porque se pasan el día subyugados por la fuerza de lo subjetivo, por el narcisismo ególatra que les impide pensar en otra cosa que no sea su ego, y sus sentimientos.**

El amor romántico entre dos personas, entonces, constituye una utopía emocional colectiva, porque por definición el deseo es aquello que nos mueve a alcanzar algo que no poseemos; por ello siempre, o casi siempre, va acompañado de frustración. **El amor romántico es un sentimiento idealizado que utilizamos para calmar nuestro miedo a la vida y a la soledad; es un amor insaciable y además no es un fin en si mismo, sino un medio para ser feliz, para autorrealizarse, para huir de la soledad que nos acompaña toda la vida, o para sentir emociones que nos hagan sentir vivos.** Pero nunca logramos que ese estado de embriaguez dure mucho tiempo, principalmente porque va acompañado de una tormenta química que se agota con el tiempo. Por eso, en general, los románticos no disfrutaban del amor real, vivido en pareja, anclado a la cotidianidad. En el XIX, el que ama románticamente lo vive como una condena, y, es incapaz, *“como le ocurre a Hyperion (de Hölderlin), de ser feliz incluso en las situaciones que aparentemente deberían reportarle felicidad, aspira a tal riqueza que se pierde en los espacios del deseo”* (Argullol, 1984).

El Romanticismo Femenino

La posición del sujeto femenino en el Romanticismo fue muy contradictoria, porque, pese a las ansias de libertad e igualdad de los románticos, estos seguían (continuando con la cerrazón de la Ilustración) **refiriéndose al sujeto masculino al hablar del ser humano.** El sujeto femenino en realidad era objeto de deseo, de devoción, más que sujeto de pleno derecho, como sucedió en **el siglo XII con las damas del “amor cortés”, objetos de deseo y admiración encerradas en palacios y castillos.**

Por una parte, el Romanticismo parecía fomentar la participación de las mujeres mediante la revalorización del sentimiento y la individualidad, que hasta entonces habían sido considerados despreciativamente como *cosas de mujeres*, debilidad del espíritu, flaqueza de voluntad. Así, fue un gran avance que los hombres comenzaran a hablar el lenguaje sentimental de las mujeres y lo embellecieran, pero de algún modo se **reapropiaron de ese mundo, en el que brillaron como grandes artistas, relegando a las poetisas, pintoras y escritoras románticas al anonimato o a esconderse tras pseudónimos masculinos.** Fue el caso de Amandine Aurore Lucile Dupin, que triunfó como George Sand. Los intelectuales románticos a menudo se burlaron de las creadoras, minimizaron el impacto de sus obras, y criticaron con saña

su condición de mujeres cultas. Sin embargo, a nuestros días han llegado las novelas de Mary Shelley, las Hermanas Brönte, Jane Austen, lo que demuestra que las mujeres escribían grandes novelas de amor. Aquí se hicieron un hueco en la literatura, entre otras, Rosalía de Castro, Carolina Coronado o Emilia Pardo Bazán.

Según el estudio de Susan Kirpatrick (1991), las mujeres encontraban difícil asumir la pasividad a las que se las confinaba como objeto de deseo; su necesidad de verse como sujetos estaba en contraposición a la norma social de la mujer encerrada en el ámbito doméstico, sin posibilidad de vivir aventuras, de trascender su mundo, de dirigir libremente sus pasos hacia la felicidad, o hacia la belleza, o hacia el amor. Por ello **algunas escritoras románticas pusieron al descubierto en sus novelas la falsedad y la naturaleza opresiva del modelo de la subjetividad femenina como ángel doméstico.**

Con respecto a las lectoras románticas, Gilles Lipovetsky analiza en *La Tercera Mujer* (1999) los efectos del romanticismo y afirma que la ideología amorosa de nuestra sociedad patriarcal ha contribuido a reproducir **la representación social de la mujer dependiente del hombre por naturaleza, incapaz de acceder a la plena soberanía de sí.** El autor cree que el amor ocupa un lugar privilegiado en la identidad y los sueños femeninos debido principalmente a tres fenómenos: la asignación de la mujer al papel de esposa, la inactividad profesional de las mujeres burguesas, y su consiguiente necesidad de evasión en lo imaginario.

En este siglo, el amor romántico incide más en las mujeres debido a la promoción moderna del ideal de felicidad individual y la legitimación progresiva del **matrimonio por amor.** Muchas ven en esta institución la posibilidad de alcanzar una autonomía, de lograr la libertad a través del amor, de sumergirse en la armonía y la felicidad conyugal. Ello propició lo que Shorter denomina la “primera revolución sexual”, que se acompaña de una mayor atención hacia los propios sentimientos, un compromiso femenino más completo con la relación amorosa, una “sexualidad afectiva” que privilegia la libre elección de la pareja en detrimento de las consideraciones materiales y de la sumisión a las reglas tradicionales. Las consecuencias de esta revolución fueron, según Lipovetsky, el aumento de la actividad sexual preconyugal y de los nacimientos ilegítimos.

A medida que retrocedía la costumbre de imponer un marido a las jóvenes, éstas soñaban con integrar el amor en su vida matrimonial, aspiraban a mayor intimidad en las relaciones privadas, a oír hablar de amor, a expresar sus sentimientos. En el siglo XIX “*no hay muchacha que no sueñe con enamorarse, con encontrar el gran amor, con dar el sí al príncipe azul*”, probablemente a causa de que el romanticismo sentimental femenino se vio exacerbado por un frenesí de lectura de novelas románticas publicadas por entregas en las revistas femeninas. En aquel tiempo proliferó toda una literatura destinada a las mujeres, centrada en la vida de pareja, las pasiones, y el adulterio.

El fenómeno pronto causa alarma social, porque se piensa que estos folletines “trastornan la imaginación de la joven, dan al traste con su inocencia, provocan secretos pensamientos y deseos desconocidos”, por ello resulta imperativo controlar lo que se lee: “*En las familias burguesas, los padres prohíben a las muchachas la lectura de las novelas de Loti, Bourguet, Maupassant, Zola; creyentes y anticlericales suscriben la idea de que “una joven honesta jamás lee libros de amor”. (...) Con toda evidencia, tales condenas no consiguieron sofocar la violenta pasión femenina por la lectura, y numerosas jóvenes leían a escondidas de sus padres novelas sentimentales en ediciones baratas*” (Lipovetsky, 1999).

Son muchos los teóricos que afirman que las mujeres en las novelas románticas modernas poseen un gran poder, porque son independientes e inteligentes, y poseen una energía arrasadora, como es el caso de la protagonista de *Cumbres borrascosas*, según Lourdes Ortiz (1997), la novela más “inconformista y brutal de la primera mitad del siglo XIX”. Fue escrita por una mujer de 28 años, Emily Brontë, quien descubre una verdad que espantaba a la moral victoriana de su tiempo: los hombres y las mujeres son iguales y ambos aman con la misma pasión.

Sin embargo, lo curioso de los escritores románticos es que creaban también personajes femeninos poderosos, aunque siempre las condenaran a la muerte o el ostracismo (**Emma Bovary, Anna Karenina, la Regenta, Carmen**). Castigar su libertad individual y su desbordante apetito sexual y amoroso es una especie de catarsis, una forma de ahuyentar el miedo masculino al poder devastador de la fémina insaciable. Este mito ancestral representa un miedo masculino muy antiguo, ya presente, por ejemplo, en la cosmogonía griega, plagada de diosas vengativas y crueles y **monstruos femeninos perversos y devoradores**.

En el siglo XX los personajes femeninos se dulcifican y se pretende instaurar en el colectivo imaginario el estereotipo de **la mujer buena**, abnegada y entregada por completo a la aventura del amor (probablemente la única aventura que va a vivir en su vida). Sin embargo, hemos de destacar que este proceso de invasión del amor romántico en la vida de las mujeres sólo tuvo lugar en el seno de las clases medias, ya que las mujeres trabajadoras eran en su mayoría analfabetas y no tenían tiempo de entregarse al ocio romántico, ni necesidad alguna de mitificar el matrimonio, que no las sacaba de pobres. La realidad era que muy pocos proletarios y obreros podían casarse (recuerden los míseros sueldos y las interminables jornadas laborales que sufrían). **Las mujeres que anhelaron el amor romántico fueron las mujeres que no tenían doble jornada laboral, ni ancianos, ni enfermos, ni decenas de chiquillos hambrientos a su alrededor.**

Sólo con el desarrollo de las clases medias y la globalización en la era de los medios de comunicación de masas, **el romanticismo se ha extendido por todo el planeta**, gracias principalmente a la industria cinematográfica de Hollywood y sus *happy end* representados simbólicamente a través de la boda (*el día más importante en la vida de una mujer*).

El proceso de expansión del romanticismo como modelo amoroso se consolidó a partir de la Segunda Guerra Mundial, cuando la prensa del corazón, la literatura llamada “rosa” y las fotonovelas inundan el mercado cultural. En E.E.U.U. el sector de las novelas sentimentales prospera como nunca; algunas mujeres compran hasta 80 libros al año. En Italia el público de las fotonovelas se estima en 12 millones de personas; se publican 10.000 títulos entre 1946 y finales de los años 60. La famosa colección Harlequín aparece en 1958 y en 1977 alcanza una difusión de 100 millones de ejemplares .

Todas estas publicaciones difundieron a gran escala el ideal romántico femenino, y con él las virtudes de la fidelidad y la virginidad, la imagen de la “mujer Cenicienta” (Dowling, 1992) que espera realizarse tras la llegada de un hombre extraordinario. En ellas siempre se da por supuesto el deseo imperioso de la mujer por lograr el objeto de deseo (el hombre) para luego domesticar el amor, y domesticarlo a él, salvando todos los obstáculos y logrando un final feliz a través de la boda que le da una dimensión dramática y narrativa al romance.

En la actualidad el romanticismo sigue siendo tan importante para las mujeres porque nos ofrece, en forma de mitos y relatos, **una especie de utopía libertaria, un ideal de pareja en el que nuestro amado nos considerará sus compañeras y nos tratará como a iguales y nos querrá para siempre, tan incondicionalmente como nuestro padre nos ama.** Esta necesidad de enamorar a un hombre viene reforzada dada por una imposición social y económica, pues nuestro mundo está ideado para que la gente se aúne en grupos de dos, empezando por *el qué dirán* y terminando con las ventajas fiscales del matrimonio.

Anthony Giddens (1995) ha señalado que si las mujeres leen apasionadamente novelas románticas es porque adquieren leyéndolas una perspectiva moral que permite contemplar el curso de la vida como aquel terreno de juego donde se puede realizar un proyecto vital: la construcción en común de un destino compartido. En cambio, el atractivo del amor romántico para las mujeres reside, según Enrique Gil Calvo (2000), en que ellas son las protagonistas, sujetos que desean: *“la absorción del otro queda integrada en la orientación característica de la “búsqueda”. La búsqueda es una odisea, en la que la identidad del yo espera su validación del descubrimiento del otro. Tiene un carácter activo y en este sentido la novela moderna contrasta con las historias medievales, en las que la heroína es habitualmente pasiva”*.

Según Georges Duby , **hemos sobrevalorado el amor porque implica un reconocimiento del derecho a ejercer cierto dominio sobre los hombres,** porque preconiza comportamientos masculinos que toman más en consideración la sensibilidad, la inteligencia y la libre decisión de las mujeres. También Lipovetsky opina que a través del amor la mujer aspira a un reconocimiento y una valoración de sí en cuanto persona individual, incambiable, única.

Y es que el amor nos hace sentirnos protagonistas del relato, nos hace sentir especiales para otra persona, diferenciadas del resto. A menudo, una mujer que nace en una sociedad donde no se le permite trabajar o dedicarse a la investigación o la cultura, sólo

alcanza prestigio a través del matrimonio. **Por eso se nos educa en la cultura patriarcal para que seamos narcisistas, sumisas, dependientes y susceptibles de ser amadas y deseadas por un hombre.**

Así, que como vemos, el amor romántico por un lado es transgresor y liberador, y por otro lado reaccionario y preñado de la ideología patriarcal. En el amor romántico el *uno* necesita al *otro* para fusionarse: el mito de la media naranja nos hace creer que no somos un ser completo hasta que nos juntamos a otra mitad. Además, el romanticismo está basado en un modelo de pareja heterosexual y en la repartición de roles tradicional que crean hombres que necesitan mujeres, y mujeres que necesitan hombres. **La necesidad, sin embargo, no tiene que ver mucho con la libertad y el deseo.**

Y a pesar de ello, tampoco las relaciones amorosas homosexuales han logrado aún trascender el reparto de roles tradicionales, las relaciones de dominación y las luchas de poder. El amor *homo yhetero* comparten asimismo la idolatría del otro, el entusiasmo ante la conquista, y la posterior decepción cuando cesa la tormenta química y el paso del tiempo les descubre que el amor es un mito. El romanticismo es entonces una especie de religión individualista en la que depositamos nuestros anhelos de alcanzar la felicidad eterna.

Las mujeres hemos sido más vulnerables a la tragedia romántica porque nos han educado para que nos pasemos la vida deseando que un hombre nos salve y nos colme la existencia (como Isolda, Melibea, Julieta, la Bella Durmiente, Cenicienta, Blancanieves...). En este sentido, las conquistas legales, jurídicas, sociales y económicas de las mujeres en materia de igualdad deben acompañarse también de una **lucha por liberar al amor de la necesidad**. Es decir, de lograr que las mujeres tengan otras metas en la vida más importantes que lograr un hombre que las ame, para que así puedan relacionarse con ellos en un plano de igualdad y de libertad.

A pesar de que muchas mujeres tienen independencia económica, vida social intensa y en ocasiones éxito en su desarrollo profesional, todavía son muchas las que no se sienten completas sin un hombre a su lado. Quizás porque las películas, los relatos, las canciones, nos siguen seduciendo con el mito del príncipe azul o la princesa rosa, y **sus finales felices, que causan una tremenda frustración en casi todos nosotros, más grande cuanto más idealizamos las relaciones de pareja**. Así pues, la mayor parte de nosotras nos hemos creído el cuento de hadas; en definitiva, nos han seducido para que nuestra mayor meta en la vida sea encontrar un hombre ideal, o al menos, no quedarnos solas, como si las mujeres fuéramos *dependientes* por naturaleza.

Prueba de que esto no es cierto es la cantidad de mujeres viudas, divorciadas y solteras que declaran vivir mejor sin *aguantar* o sin ser criadas de nadie. En la madurez las mujeres se empoderan porque ya saben que la idea que les vendieron es falsa, que la felicidad no reside en otras personas sino en una misma, y ya han asumido e incluso disfrutan de la soledad y la independencia que las permite viajar, aprender, y llevar una vida intensa y al margen de una relación de dependencia mutua.

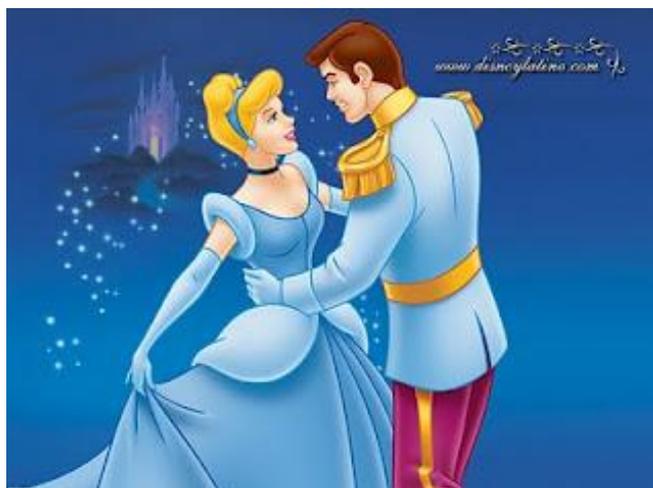
La transformación del romanticismo

Mientras el patriarcado va eliminandose de las estructuras legales y económicas de nuestra sociedad, sigue sin embargo muy arraigado en la cultura, y en los relatos amorosos. En la producción de sentido, en la creación cultural es donde creadores y creadoras han de aportar su granito de arena en la representación de modelos amorosos más igualitarios. Por ello creo que hay que comenzar a construir personajes femeninos que protagonizan la historia de su vida, que toman las riendas de sus problemas, que no esperan toda la vida a que las salve un príncipe azul o una princesa rosa.

Se trataría de (de)construir los estereotipos tradicionales que representan a las mujeres como seres débiles, sumisas, incapaces de hacer nada, victimistas, infantilizadas, caprichosas, y perversas. Y comenzar a **representar modelos positivos de mujeres que luchan**, que tienen conciencia de su poder, que crean redes sociales de apoyo mutuo, que logran que su identidad y su autoestima no varíen dependiendo de si un hombre las valora. También sería esencial construir, paralelamente, **personajes masculinos que sepan compartir el protagonismo** y valorar las habilidades de su compañera de reparto.

Lo ideal sería trabajar en la transformación cultural del patriarcado, paralelamente a la lucha por la igualdad política, social y económica. Así, podríamos innovar en la creación de contenidos antipatriarcales, en definitiva, crear **representaciones simbólicas de relaciones amorosas menos egoístas e interesadas, y alejadas del patrón dominio-sumisión tradicional**. Sólo así podremos transformar el romanticismo patriarcal, en nuestra era posmoderna, en un romanticismo igualitario, construido desde la necesidad humana de dar y recibir afecto, que en definitiva es la base del amor.

2 Los mitos del Amor Romántico



La palabra "**mito**" proviene del vocablo griego "mythos", comúnmente interpretado en nuestra lengua como "**narración**" o "relato". Los mitos ayudaron a los seres humanos a explicar los fenómenos naturales y poseyeron siempre un poder de trascendencia, una dimensión emotiva, religiosa y espiritual que se expresaba simbólicamente a través de relatos. **Platón y Aristóteles** lo usarán como término opuesto a *logos*, que es el discurso razonado y objetivo. La palabra *mythos* en la Antigüedad, posee así unas connotaciones emotivas y ficcionales; los mitos eran explicaciones del mundo no racionales, y por tanto no servían para explicar la realidad ni para acceder al conocimiento, aunque ni Platón ni Aristóteles consiguieron elaborar su Filosofía sin recurrir a ellos.

Entre todas las definiciones que hemos encontrado, nos parece que la definición de **Carlos García Cuel** es una de las más eficaces y concretas: "*Mito es un relato tradicional que refiere la actuación memorable y ejemplar de unos personajes extraordinarios en un tiempo prestigioso y lejano. (...) El relato mítico tiene un carácter dramático y ejemplar. Se trata siempre de acciones de excepcional interés para la comunidad, porque explican aspectos importantes de la vida social mediante la narración de cómo se produjeron por primera vez tales o cuales hechos*".

Por su parte, **Karen Armstrong** (2005) afirma que los mitos más impactantes tratan sobre situaciones límite y nos obligan a ir más allá de nuestra experiencia. Tratan de lo desconocido; **su función es ayudarnos a hacer frente a los conflictos humanos**. En este sentido, los mitos han sido la base de todas las culturas humanas, porque han otorgado a la sociedad modelos de conducta y actitudes, han ofrecido héroes y heroínas que superaban situaciones difíciles con valentía, inteligencia, astucia o estrategias. En los orígenes, ayudaban a las personas a encontrar su lugar en el mundo y su verdadera orientación, porque ayudan a saber de dónde venimos (mitos sobre antepasados), a dónde vamos, y también ayudan a explicar esos momentos sublimes en que nos sentimos transportados más allá de nuestras preocupaciones

prosaicas.

Todas las mitologías hablan de un mundo paralelo al nuestro; es una realidad invisible pero más intensa que a veces se identifica con el mundo de los dioses. A esta creencia se la ha llamado “filosofía perenne” porque ha impregnado la mitología y la organización ritual y social de todas las sociedades antes del advenimiento de nuestra modernidad científica, y todavía hoy sigue influyendo en las sociedades tradicionales. **Los mitos explicaban cómo se comportaban los dioses para permitir a hombres y mujeres imitar a esos seres poderosos, y así experimentar ellos también la divinidad.**

Armstrong cree también que el mito es una guía, que transmite un código ético y que, además, ha configurado la base de todas las religiones. **En el caso de las religiones monoteístas como la cristiana, la musulmana y la budista, todas se han forjado a partir del mito del viaje heroico, que nos explica qué tenemos que hacer si queremos convertirnos en seres humanos completos:** *“El héroe tiene la sensación de que en su vida o en su sociedad falta algo. Por eso abandona el hogar u emprende peligrosas aventuras. Lucha contra monstruos, escala montañas inaccesibles y atraviesa oscuros bosques, y mientras su antiguo yo muere y el héroe descubre algo o aprende alguna habilidad que después transmite a su pueblo. (...) El mito del héroe está tan arraigado que hasta la vida de figuras históricas como Buda, Jesús, o Mahoma se cuenta siguiendo ese esquema arquetípico probablemente forjado en la era paleolítica”.*

El mito, pues, ha estado siempre asociado a la experiencia de lo trascendente, inherente a la condición humana. Los humanos necesitan irrupciones en la rutina y la realidad de la vida cotidiana para trascenderla, para experimentar otras dimensiones temporales gracias a la intensidad de lo vivido. Siempre han necesitado esos mecanismos de escape que les sitúen en otra realidad, que les arrebatan, que les hagan entrar en éxtasis o en trance para sentir que pueden superar el *aquí y elahora*.

Joseph Campbell (1964) afirma que una de las funciones del mito es apoyar el orden social en vigor, para integrar al individuo. Según él la función social de una mitología y de los ritos que la expresan es fijar en todos los miembros del grupo en cuestión un “**sistema de sentimientos**” que habrá de unirle espontáneamente a los fines de dicho grupo. Kirk (1990) cree que **los mitos surgieron como trucos narrativos que utilizaron los humanos para socializar a los niños y facilitar su integración** psíquica en la sociedad. Son, desde este punto de vista, narraciones contra el terror que provoca lo desconocido, explicaciones del mundo que guían a los humanos en sus primeras fases de socialización.

Los mitos, sin embargo, **no han permanecido invariables; cambian con las culturas,** se adaptan a nuevas realidades socioeconómicas y políticas que se consolidan gracias al apoyo del sistema simbólico y mitológico creado para sustentarlo. En Occidente, pese al proceso de desacralización de la sociedad característica de la posmodernidad, los mitos siguen cumpliendo estas funciones, aunque con variaciones.

Denis De Rougemont (1939) cree que necesitamos los mitos “*para expresar el hecho oscuro e inconfesable de que la pasión está vinculada con la muerte y que supone la destrucción para quienes abandonan a ellas todas sus fuerzas. (...) La oscuridad del mito nos permite, así, acoger su contenido disfrazado y gozar de él con la imaginación, sin tomar una conciencia lo bastante clara para que estalle la contradicción*”. El mito expresa esas contradicciones y actúa en todos los lugares “en que la pasión es soñada como un ideal y no temida como una fiebre maligna”. También en los lugares en que la fatalidad es requerida, imaginada como una bella y deseable catástrofe.

Centrándonos en los mitos del amor de pareja, De Rougemont cree que **el mito del amor cortés** ha llegado a nosotros a través de la Literatura en un proceso progresivo de profanación: “*Cuando los mitos pierden su carácter esotérico y su función sagrada se resuelven en literatura. El mito cortés, mejor que cualquier otro, se prestaba a ese proceso, puesto que había podido traducirse sólo en términos de amor humano, aunque entendidos en sentido místico*”. Una vez desvanecido ese sentido, quedó una retórica que expresaba la necesidad de un ideal “que había dejado en la conciencia un conocimiento místico reprobado y luego perdido”.

El principal mito que encontramos en el romanticismo es la frase que concluye los relatos de amor: “y vivieron felices, y comieron perdices”. La estructura mítica de la narración amorosa es casi siempre la misma: dos personas se enamoran, se ven separadas por diversas circunstancias, obstáculos (dragones, bosques encantados, monstruos terribles) y barreras (sociales y económicas, religiosas, morales, políticas). Tras superar todos los obstáculos, la pareja feliz por fin puede vivir su amor en libertad. Evidentemente, como mito que es, esta historia de obstáculos y superaciones está atravesada por las ideologías patriarcales, que **ponen la misión en manos del héroe, mientras que la mujer espera en su castillo a ser salvada: él es activo, ella pasiva (el paradigma de este modelo es la Bella Durmiente, que pasó nada más y nada menos que CIEN!!!! años dormida esperando a su príncipe).**

Y es que los **dos principales mitos del amor romántico son el príncipe azul y la princesa maravillosa**, basados en una rígida división de roles sexuales (él es el salvador, ella es el descanso del guerrero) y estereotipos de género mitificados (él es valiente, ella miedosa, él es fuerte, ella vulnerable, él es varonil, ella es dulce, él es dominador, ella es sumisa). Estos modelos de feminidad y masculinidad patriarcal son la base de gran parte del dolor que experimentamos al enamorarnos y desenamorarnos, porque se nos vende un ideal que luego no se corresponde con la realidad.

Principalmente porque todos somos fuertes y frágiles, activos y pasivos, dominadores y sumisos; pero curiosamente nos encajonamos en unas etiquetas que determinan nuestra identidad, sentimientos, actitudes y comportamiento para toda la vida. **Estas etiquetas nos dan una seguridad** (soy el abuelo en la familia, soy el profesor en la escuela, soy la esposa complaciente, soy la ejecutiva agresiva, soy el adolescente problemático, soy el chico romántico, soy la joven alocada, soy el jefe tiránico...), **pero nos quitan libertad para reinventarnos, para cambiar, evolucionar o aprender nuevas formas de relacionarnos.** La pareja, por ejemplo, es una categoría social mitificada como el lugar donde hallar gozo, paz, calma, tormento,

alegrías, estabilidad, bajo la promesa de la fusión total. Son muchos los enamorados y enamoradas que desean levantar cuanto antes su amor sobre la estructura sólida de la pareja feliz, un mito que ayuda a concluir los relatos y que se presenta como *el paraíso sentimental* gracias al cual evadirnos de esta realidad.

Hasta ahora **la feminidad pasiva ha sido mitificada en los relatos para tranquilizar a los machos y suavizar su ancestral miedo a las mujeres**, por un lado, y para ofrecer modelos de sumisión idealizada a las mujeres, por otro. Muchas de las mujeres de las culturas patriarcales han sido educadas para asumir en muchos casos el **rol de mujer fiel cuya máxima en la vida no es alcanzar la libertad (deseo masculino por excelencia), sino el amor a través de un hombre (lo que se supone que es normal en las mujeres)**.

La princesa del cuento es una mujer de piel blanca y cabellos claros, rasgos suaves, voz delicada, que se siente feliz en un ámbito doméstico (generalmente un lujoso palacio, al cuidado de sus padres) y cuyas aspiraciones son muy simples: están siempre orientadas hacia el varón ideal de sus sueños. La princesa es leal a su amado, lo espera, se guarda para él, como hiciera Penélope durante más de veinte años esperando a Ulises. **La princesa encontrará su autorrealización en el gran día de su vida; la boda con el príncipe. La princesa es una mujer discreta, sencilla, llena de amor y felicidad que quiere colmar de cuidados y cariño a su esposo y que además le dará hijos de cuya paternidad podrá estar seguro. Es una mujer buena** frente a las mujeres malas, aquellas representadas como seres malvados, egoístas, manipuladores, caprichosos, insaciables, débiles y charlatanes. Las *malas* disfrutaban pasionalmente del sexo, pero a pesar de que atraen a los hombres por su inteligencia y sus encantos, no ofrecen seguridad al macho, que casi nunca las eligen para ser princesas ni les piden matrimonio. Son tan atractivas como peligrosas, por eso evitan enamorarse de ellas, como fue el caso de **Ulises con Circe**.

El príncipe azul es otro mito que opera en el imaginario femenino porque se nos ofrece siempre como figura salvadora, del mismo modo que Jesucristo o Mahoma salvaron a la Humanidad de sus pecados. Notesé que Eva es la mujer mala por cuya curiosidad y desobediencia los seres humanos fuimos condenados al dolor y la muerte. **Sólo un Hombre como Jesús podía venir a salvarnos**; pero ni con su muerte logró que su padre nos perdonase.

Jesús es un hombre bueno y valiente que cree en las causas justas y no le importa sacrificarse por ellas. Del mismo modo, el príncipe azul es un héroe porque pone la misión (matar al dragón, encontrar al tesoro, derrotar a las hordas malvadas, devolver el poder a algún rey, etc) por delante de su propia vida. El príncipe azul es un hombre activo, saltarín, espadachín, gran atleta, buen jugador, gran estratega, noble de corazón. Es joven, travieso, algo ingenuo; a las mujeres les derrite este modelo porque es un ser valiente y bueno que necesita campo para correr y que pese a su gallardía, es tierno y dulce en la intimidad. **El príncipe se convierte en Hombre en todos los relatos, porque la aventura que vive es su rito de paso de la juventud a la adultez, dado que tiene que superarse a sí mismo para poder lograr su triunfo (el amor de la princesa rosa). Así podrá protegerla, enseñarla, amarla para siempre y hacerle muchos hijos.**

Estos dos mitos de género y la mayor parte de los mitos amorosos surgieron en la época medieval; otros han ido surgiendo con el paso de los siglos, y finalmente se consolidaron en el XIX, con el Movimiento Romántico. De ellos nos quedan, según Carlos Yela García (2002), unos cuantos que configuran nuestras estructuras sentimentales en la actualidad:

- **Mito de la media naranja**, derivado del mito amoroso de Aristófanes, que supone que los humanos fueron divididos en dos partes que vuelven a unirse en un todo absoluto cuando encontramos a nuestra “alma gemela”, a nuestro compañero/a ideal. Es un mito que expresa la idea de que **estamos predestinados el uno al otro; es decir, que la otra persona es inevitablemente nuestro par, y solo con ella nos sentimos completos**. El mito platónico del amor expresa un sentimiento profundo de encuentro de la persona consigo misma, “y su culminación es recuperar los aspectos que nos fueron amputados y de esa manera, recuperar nuestra propia y completa identidad. Es decir, poder ser todo lo que somos y lo más plenamente posible” (Coria, 2005). El mito de la media naranja sería una imagen ingenua y simplificada del mito platónico que intenta transmitir esa búsqueda de la unidad perdida, pero su principal defecto es, según Coria, que uno más uno termina resultando uno, lo cual es un grave error, no sólo aritmético, que es asimilado mayoritariamente por mujeres.

- **Mito de la exclusividad**: creencia de que el amor romántico sólo puede sentirse por una única persona. Este mito es muy potente y tiene que ver con la propiedad privada y el egoísmo humano, que siente como propiedades a las personas y sus cuerpos. Es un mito que sustenta otro mito: el de la monogamia como estado ideal de las personas en la sociedad.

- **Mito de la fidelidad**: creencia de que todos los deseos pasionales, románticos y eróticos deben satisfacerse exclusivamente con una única persona: la propia pareja.

- **Mito de la perdurabilidad (o de la pasión eterna)**: creencia de que el amor romántico y pasional de los primeros meses puede y debe perdurar tras miles de días (y noches) de convivencia.

- **Mito del matrimonio o convivencia**: creencia de que el amor romántico-pasional debe conducir a la unión estable de la pareja, y constituirse en la (única) base del matrimonio (o de la convivencia en pareja). Esto nos crea problemas porque vimos que la institucionalización de la pasión, y el paso del tiempo, acaban con ella. Por eso nos divorciamos y buscamos nuevas pasiones que nos hagan sentir vivos, pero en seguida la gente vuelve a casarse, cometiendo el mismo error que la primera vez. El matrimonio en la Era de la soledad ha visto, así, aumentada su dimensión mitológica e idealizada: “La idolatría del matrimonio es la contrapartida de las pérdidas que produce la modernidad. Si no hay Dios, ni cura, ni clase, ni vecino, entonces queda por lo menos el Tú. Y la magnitud del tú es el vacío invertido que reina en todo lo demás. Eso significa también que lo que mantiene unido al matrimonio y a la familia no es tanto el fundamento económico y el amor, sino el miedo a la soledad” (Ulrick y Elisabeth Beck, 2001).

- **Mito de la omnipotencia:** creencia de que “el amor lo puede todo” y debe permanecer ante todo y sobre todo. Este mito ha sujetado a muchas mujeres que han creído en este poder mágico del amor para salvarlas o hacerlas felices, pese a que el amor no siempre puede con la distancia, ni los problemas de convivencia, ni la pobreza extrema.

- **Mito del libre albedrío:** creencia que supone que nuestros sentimientos amorosos son absolutamente íntimos y no están influidos de forma decisiva por factores socio-biológicos-culturales ajenos a nuestra voluntad.

- **El mito del emparejamiento:** creencia en que la pareja es algo natural y universal. La convivencia de dos en dos ha sido, así, reificada en el imaginario colectivo, e institucionalizada en la sociedad.

Gracias a nuestra actividad racional, la Humanidad puede no solo construir mitos, sino también deconstruirlos, porque en ellos están insertos los miedos, las motivaciones, el sistema de creencias, los valores, la ética, los modelos a seguir y los deseos de los miembros de esa cultura. En el caso del romanticismo patriarcal, **creo que es fundamental exponer las entrañas de sus mitos para poder acabar con la desigualdad y con el patriarcado a nivel narrativo, emocional e ideológico.** Es importante mostrar la falsedad de esas idealizaciones que nos encajonan en unas máscaras sociales, que empobrecen nuestras relaciones y nos hacen sufrir porque chocan con la Realidad, generalmente menos bella y maravillosa que la fantasía amorosa.

La simplicidad de los estereotipos de género invisibiliza la amplia gama de modos de ser, de estar y de relacionarse que existen para hombres, mujeres y gente transgénero. Nos encierra en unos supuestos sobre lo que deberíamos ser, cómo deberíamos estar y sentir. De igual modo, los mitos amorosos crean unas expectativas desmesuradas que luego causan una intensa decepción, más hoy en día que no tenemos *tolerancia al no*; nos frustra todo enormemente porque nos ilusionamos con las promesas que nos venden en los relatos de la sociedad globalizada. El modelo de amor idealizado y cargado de estereotipos aprisionan a la gente en divisiones y clasificaciones **perpetuando así el sistema jerárquico, desigual y basado en la dependencia de sus miembros en el que vivimos.**

Además, provocan dolor en la gente porque **el amor no es eterno, ni perfecto, ni maravilloso, ni nos viene a salvar de nada.** La utopía del amor romántico, con sus idealizaciones, es la nueva religión colectiva que nos envuelve en falsas promesas de autorrealización, plenitud, y felicidad perpetua. De ahí la insatisfacción permanente y la tensión continua entre el deseo y la Realidad que sufrimos los habitantes de la posmodernidad.

Y es que **nos pasamos la vida sufriendo decepciones precisamente por estas “ilusiones” que nos invaden en forma de espejismo. Es cierto que nos**

ayudan a evadirnos, pero quizás estamos en un momento en el que deberíamos dejar de entretenernos y de escaparnos tanto de la Realidad que no nos gusta. La desigualdad, la pobreza, el hambre, las guerras, el engaño de políticos y empresarios a las comunidades, el destrozo medioambiental y la sensación de que nada es lo que parece (ni la democracia, ni la paz, ni los Estados) invaden los telediarios. Y mientras, las mujeres siguen esperando a su príncipe azul y los hombres a sus princesas virginales en un círculo vicioso que no se completa jamás, porque no existen y porque **las personas somos infinitamente más complejas y contradictorias que los personajes planos de los cuentos patriarcales.**

Lo lógico debería ser poder transformar los relatos, contar nuevas historias, cambiar los modelos idealizados que han quedado obsoletos, construir héroes y heroínas de carne y hueso, **crear nuevos mitos que nos ayuden a construir unas sociedades más justas, igualitarias, ecologistas, cultas y pacíficas.** Encaminar nuestros esfuerzos al bien común, trabajar para proponer otras realidades, luchar por construir otras nuevas **en lugar de huir de lo que hay mediante paraísos emocionales y promesas de salvación individuales.**

El mito de la Monogamia



«No hay duda de que los seres humanos pueden ser monógamos, (si deberíamos serlo o no es otra historia) pero no nos equivoquemos: es raro y difícil que lo seamos.»

(Barash y Lipton, 2003)

“La hembra humana suele disponer de menos poder imaginativo que el varón. La naturaleza, con tiento y previsión, lo ha querido así, porque de acaecer lo contrario y hallarse la mujer dotada de tanta fantasía como el hombre, la lubricidad hubiera anegado el planeta y la especie humana hubiera desaparecido volatilizada en delicias”.

(Ortega y Gasset, 1941).

La monogamia es un mito, y en contra de lo que mucha gente cree, no es algo natural, sino que **es una construcción social humana que surge en algunas culturas y en otras no. La monogamia es un relato ejemplarizante, un modelo a seguir** que se graba en nuestras conciencias como si fuera una ley divina.

La relación amorosa monogámica está basada en un contrato de exclusividad sexual, por lo tanto tiene una base social y cultural, pero no biológica. La monogamia es ensalzada por la cultura patriarcal como una de las esencias del amor verdadero, por eso el adulterio es otro relato que rechaza las relaciones al margen de ese modelo. **El adulterio es clandestino y subversivo porque representa la ruptura de ese pacto conyugal**, y no solo sacude los cimientos de la pareja, sino también los de la institución familiar y por extensión, la estructura social al completo. Manifiesta, como la prostitución, toda la hipocresía de la sociedad burguesa, ya que es un fenómeno muy frecuente en una sociedad que dice ser monogámica, y porque constituye la fuente de gran parte de las historias de amor que consumimos a través de los medios de masas y los productos de las industrias culturales.

David P. Barash y Judith Eve Lipton (2003) demostraron que **la monogamia es un mito que cada vez tiene menos fundamento. En el mundo animal,**

especialmente entre los mamíferos, la monogamia es una rareza: De entre cuatro mil especies de mamíferos, no más de unas pocas docenas forman vínculos de pareja fiables, como los murciélagos (solo unas pocas especies), ciertos cánidos (en especial zorros), unos pocos primates (como los titís), un puñado de ratones y ratas, la nutria gigante de Sudamérica, el castor del norte, unas cuantas especies de focas y un par de pequeños antílopes africanos.

También lo es en la especie humana: Barash y Lipton presentan diversos estudios que demuestran esta excepcionalidad:

– De 185 sociedades humanas examinadas por el antropólogo C.S.Ford y el psicólogo Frank Beach, solo 29 (**menos del 16%**) **restringían formalmente a sus miembros a la monogamia. Además de permitir el sexo extramarital entre parientes designados, otras sociedades monógamas aprueban el sexo extramarital en momentos específicos, de modo especial en**

festividades religiosas o de recogida de la cosecha, como el carnaval brasileño.

– En su estudio clásico *Social structure* el antropólogo G.P. Murdoch descubrió que **entre 239 sociedades humanas distintas de todo el mundo, solo en 43 se imponía la monogamia** como único sistema matrimonial aceptable.

– Un estudio de 56 sociedades humanas diferentes descubrió que en nada menos que en un 14% de ellas prácticamente todas las mujeres mantenían CFP (cópulas fuera de la pareja), mientras que en un 44% hacía lo propio una proporción moderada, y en un 42% las mantenían relativamente pocas.

- En el caso de los hombres: casi todos los hombres practicaban CFP (cópulas fuera de la pareja) en un 13% de las sociedades, una proporción moderada de ellos hacía otro tanto en un 56% y unos pocos lo hacían en un 31%.

La monogamia es tratada por la sociobiología como un mecanismo de perpetuación de la especie: autores como David Buss, Helen Fisher o Campillo Álvarez entienden que la fidelidad sexual está originada por la necesidad de los hombres de asegurarse la paternidad, y la necesidad de las mujeres de obtener la protección de los hombres. Creen, en esta línea, **que los celos representan la fuerza del egoísmo de los genes, cuya obligación es transmitirse.** Hasta la llegada de las pruebas de ADN a finales del siglo XX, los machos solo tenían una forma de garantizar que las crías de su compañera fueran suyas: copular a diario con ella y vigilarla.

Para autoras como Helen Fisher (2004), **los celos son una respuesta adaptativa humana. Son útiles tanto para acabar una relación como para mantenerla.** Los celos pueden, en su vertiente negativa, perjudicar una relación, porque las personas celosas tienden a estrechar la vigilancia sobre el compañero o la compañera y porque se reduce la confianza mutua de la pareja. Por otro lado, sin embargo, los psicólogos creen que los celos pueden servir para que el compañero desconfiado vuelva a confiar en su pareja gracias a declaraciones de fidelidad y afecto, lo que pueden contribuir a la durabilidad de la relación. Sin embargo, también pueden

ser señal de que la relación está fallando y la persona celosa puede tener miedo a contraer enfermedades de transmisión sexual, y a quedarse sola.

También en el campo de la sociobiología se ha explicado el deseo de promiscuidad del macho con *efecto coolidge*, que alude a la preferencia de los machos por estímulos sexuales novedosos. Hasta hace muy poco el interés se ha centrado en el apetito masculino, pero autores como Buss han puesto de relieve **el escaso estudio que ha existido sobre las ventajas que las hembras humanas obtienen del sexo ocasional.**

Un beneficio decisivo para la mujer según la sociobiología es el acceso inmediato a recursos; es una perspectiva teórica que nos parece que no contempla la necesidad y los apetitos sexuales de las mujeres, sobre todo porque el objetivo de las mujeres en la vida no suele ser el acceso a recursos, especialmente si trabajan o pueden obtenerlos ellas mediante la caza, la recolección o la agricultura.

Otro beneficio que las mujeres pueden obtener del sexo ocasional, según la sociobiología, es una autoevaluación más exacta de lo deseables que resultan: infravalorarse es perjudicial para las mujeres, porque se contentan con compañeros menos deseables.

A través de las relaciones sexuales ocasionales, la mujer también se asegura protección contra los conflictos que surjan con otros hombres o con competidores. Tener un segundo compañero que la defienda y proteja puede ser especialmente ventajoso para las mujeres que corran un riesgo elevado de ser violadas. Para Buss, un amante sirve asimismo como posible sustituto del compañero habitual de la mujer si este le abandona, se pone enfermo o cae herido, es estéril o muere, acontecimientos todos ellos bastante frecuentes en un entorno ancestral.

En un estudio realizado por David Buss y Heidi Greiling, se puso de manifiesto que las mujeres tienen aventuras fundamentalmente cuando no están satisfechas con su pareja, o cuando tratan de sustituirla, o para hacer más fácil la ruptura con ella. Por su parte, Baker y Bellis han hallado que las mujeres suelen tener relaciones extramatrimoniales con hombres de posición social más elevada que la de sus maridos. Si os dais cuenta, todos los motivos que encuentran los científicos no residen en el deseo sexual femenino, sino en su necesidad de recursos. Esta necesidad no se da en culturas no patriarcales, de modo que no se puede suponer que todas las humanas viven en culturas donde son marginadas del poder.

Siguiendo con estas tesis sociobiológicas, la mayoría de las mujeres no reducen su nivel de exigencia cuando tienen breves aventuras amorosas: según Helen Fisher (2007), siguen buscando a un compañero estable, sano, divertido amable y generoso. Los hombres en cambio rebajan sus aspiraciones y «tienden a pasar por alto la falta de inteligencia por parte de la mujer. También eligen a mujeres menos atléticas, menos fieles, menos estables, con menos sentido del humor y de un rango de edades más amplio. Sin embargo, cuando los hombres quieren comprometerse con una pareja a largo plazo, se vuelven muy exigentes con algunas virtudes básicas.

La necesidad de relacionarse sexual y afectivamente con otros hombres que no sean la pareja oficial por parte de las mujeres ha sido invisibilizada por la ciencia bajo el supuesto de que las hembras no tienen el mismo grado de deseo sexual que los machos, cosa que como hemos visto en el artículo dedicado a la [sexualidad femenina](#), ha sido demostrada como falsa por autores como Fisher, y Barash y Lipton.

De hecho, los descubrimientos y revisiones científicas más excitantes generados por la reciente demolición del mito de la monogamia conciernen al papel de las hembras:

*“Los biólogos han empezado a constatar que las hembras tienen sus propias estrategias: aparearse con más de un macho, controlar el resultado de la competición entre espermatozoides (o al menos influir en ella), obtener en ocasiones beneficios personales, como alimento o protección, a cambio de esas copulaciones fuera de la pareja, así como beneficios indirectos, genéricos, que finalmente se concentran en su progenie. [...] Después de capturar vivas a aves migratorias al menos un 25% de ellas resultaron ser ya portadoras de semen. ¡Y esto antes de haber llegado a las áreas de reproducción a las que se dirigían! Es evidente que **cuando las hembras establecen su nido con un macho territorial, más de una y más de dos han perdido ya su virginidad**”. (Barash y Lipton, 2003).*

Sin embargo, nuevos descubrimientos han demostrado que la competencia espermática es consecuencia de la preferencia de las hembras por estímulos sexuales novedosos: los machos pueden imponer a sus parejas **el equivalente a un cinturón de castidad, un «tapón copulatorio»**. Entre muchas especies —incluida la mayoría de los mamíferos— parte del fluido seminal se coagula o forma una masa gomosa, a menudo visible, que sobresale ligeramente de la vagina. Solía pensarse que servían para impedir que el semen se derramara al exterior. Pero está cada vez más claro que también funcionan en la dirección opuesta: para impedir la entrada a otros machos. **Tales ingenios no serían necesarios si las hembras no mostraran inclinación a aparearse con más de un macho.**

En muchos animales (especialmente insectos) **el pene no es meramente un conducto para el esperma; es también un raspador, un taladro, un escariador, un sacacorchos; una verdadera navaja del ejército suizo llena de ingenios y dispositivos evolucionados para eliminar el esperma de cualquier macho precedente.**

Para estos autores, **en las estadísticas sobre infidelidad hay algo que no se explica muy bien**, porque los hombres admiten haber tenido más parejas sexuales que las que dicen haber tenido las mujeres: Esto solo es posible si supone un pequeño número de hombres, ya que asumiendo que todo encuentro heterosexual implica a un hombre y una mujer, las cifras han de casar. Hay también importantes pruebas a favor de que los hombres tienden a exagerar el número declarado de encuentros sexuales, mientras que las mujeres tienden a subvalorar el suyo. Esta discrepancia podría ser el resultado de lagunas de memoria genuinas de las mujeres y/o del engaño inconsciente.

Además, la doble moral sexual es característica de las sociedades patriarcales; el adulterio femenino es social y legalmente penalizado con mayor dureza que el masculino, de modo que las mujeres siempre han sido más silenciosas a la hora de cometer adulterio, porque se jugaban la vida, y los hombres más propensos a jactarse de sus conquistas amorosas, ya que así parecen más viriles.

El adulterio constituye un modo de evadirnos de la realidad suprema. Es, también, un afrodisíaco que incentiva el erotismo y el deseo, pero sólo porque está prohibido. Este deseo surge de manera explosiva cuando existen obstáculos, normas, contratos que romper, porque nos permite llevar una realidad paralela, porque nos dota de una nueva identidad, porque rozamos el lado oscuro de la realidad, porque transgredimos normas y satisfacemos nuestros deseos. Lo prohibido, la clandestinidad... todo constituye un juego peligroso que consiste en disfrutar sin que te pillen.

El adulterio nos sube la autoestima y está basado en la idea de que uno se merece disfrutar: los y las adúlteras han firmado un pacto de fidelidad, pero se lo saltan porque creen que la vida es corta, porque hay que disfrutarla, porque un@ se lo merece más que nadie, porque no se puede evitar lo que se siente. Entonces nos convertimos en mentirosos, buscadores de coartadas que nos permitan disfrutar, nos sentimos traidores porque estamos cogiendo lo mejor de todo. A algunos les causa un intenso y doloroso conflicto consigo mismos; otros son capaces de practicarlo sin remordimientos. Algunos lo viven como un acontecimiento excepcional en sus vidas, y otros rompen su matrimonio e inician la misma aventura conyugal, firmando un nuevo pacto de fidelidad con el amante ahora convertido en marido o esposa.

Para Barash y Lipton, el análisis transcultural de las tasas de infidelidad muestra que las hembras y los machos son muy similares. Entre las razones culturales que encuentran para el establecimiento de la monogamia:

- - *Es una forma de relacionarse aparentemente basada en el igualitarismo, si se la compara con la poliginia, en la que el macho tiene un harén de hembras: «se infiere de ello que de algún modo vale tanto como todas ellas juntas. es más valioso e importante que cualquiera de sus esposas por separado». De la misma manera si una hembra tiene muchos machos (poliandria), «da la impresión de que la valía y el mérito de cada uno de sus maridos son inferiores a los de esa hembra dominante. Esto no ocurre en el caso de la monogamia que, cualesquiera que sea sus dificultades biológicas, se percibe como moralmente justa, aunque solo sea porque es un vínculo equitativo, un compromiso al 50% en el que tanto el macho como la hembra tienen igual peso».*

- - **Más vale malo conocido que bueno por conocer.** Puede que algunos animales (y, ocasionalmente, algunas personas) establezcan uniones monógamas porque son, en cierto sentido, conservadores: *«El cortejo y el apareamiento son arriesgados, requieren que las dos partes salgan de su concha personal y se hagan vulnerables al rechazo, a ser heridas, a elegir mal o simplemente a perder tiempo y energía. Tras haber pasado por ello todo una vez y habiendo conseguido una pareja, es posible que ciertos individuos opten simplemente por poner fin a tan turbadoras y arriesgadas prospecciones y sienten la cabeza para llevar una vida recogida y confortablemente hogareña».*

-Otra teoría es **la larga infancia de las crías humanas**; es razonable que las madres y los padres estén dispuestos a compartir las tareas parentales literalmente por el bien de los hijos. En animales se ha documentado que cuando más tiempo pasa junta una pareja, más probabilidades tiene de criar con éxito a sus descendientes. Esto puede deberse a que la experiencia y mutua familiaridad favorecen una atención parental mejor y más eficiente. Los compañeros que permanecen juntos durante años tienen por lo general más probabilidades de ser los que alcanzan un mayor éxito reproductivo.

A veces, las opciones de ambos sexos se ven restringidas simplemente por la fuerza de las circunstancias. El resultado es una **mayor probabilidad de monogamia simplemente porque no hay grandes alternativas**. Sin embargo, la monogamia es una forma de regular desde el poder las relaciones humanas. Es una constricción social y política a la forma de relacionarse entre los humanos que **en realidad siempre ha servido más para constreñir al sexo femenino. Las culturas patriarcales imponen la monogamia porque es un sistema que sirve para la sujeción de la mujer y el control de su sexualidad; un ejemplo de ello es la cita que encabeza este artículo.**

En el mundo animal, la monogamia es practicada bajo el engaño al otro miembro de la pareja. Muchas veces el macho ejerce una vigilancia feroz en la época del celo femenino, porque necesita asegurarse de que la inversión parental que va a realizar es ejercida sobre su prole, no sobre los genes de otro macho.

Sin embargo, cuando sale del nido o la guarida para realizar sus cópulas fuera de la pareja, las hembras hacen lo mismo. Muchas eligen a buenos padres que cuiden del nido, pero copulan a escondidas con machos lustrosos y poderosos, que no son buenos padres pero que les otorgarán buenos genes: *“Es como si los machos deseables supieran que lo son, con lo que tienden a exhibir su palmito por doquier. [...] Como contraste, los machos comparativamente poco atractivos muestran más tendencia a ser buenos padres. Al parecer le sacan todo el partido posible a su mala situación comportándose tan paternalmente como pueden, aunque parte de la descendencia atendida no sea suya”*. (Barash y Lipton)

Según Barash y Lipton, la violación, el maltrato, el divorcio, el matrimonio, los celos y las peleas conyugales no son fenómenos exclusivamente humanos. Los animales machos y hembras son felices cuando reina la armonía entre ellos, se enfurecen si sus parejas les son infieles, abandonan a sus parejas si encuentran otras mejores, y cambian de pareja si la suya se muestra excesivamente violenta y celosa. De algún modo estos estudios en el campo de la biología nos ayudan a entender que los celos son un fenómeno que se da entre los seres vivos que se relacionan sexualmente, pero obviamente también se entiende que la monogamia total y exclusiva es un fenómeno extraordinario; es más bien un ideal mitificado que una realidad.

El problema de la moral monogámica es que la fidelidad a menudo se impone por la fuerza física o a través de la violencia simbólica: *“El adulterio —o las sospechas de adulterio— es una de las grandes causas de divorcio, y también de la violencia doméstica. Alrededor de un tercio de los casos de violencia doméstica con resultado de muerte en Estados Unidos se deben a la infidelidad de la mujer, haya sido esta correctamente atribuida o una mera sospecha. La frecuencia de la violencia generada por la infidelidad es, si cabe, aún más elevada en otras sociedades*. (Barash y Lipton, 2003).

Así podemos ver que la monogamia está atravesada por el concepto de poder, y de que de algún modo es un modelo amoroso que genera multitud de tragedias y relatos literarios. Lo curioso es que el poder patriarcal fue el que instauró la monogamia como sistema obligatorio para las parejas, pero especialmente para las mujeres; de ahí la doble moral patriarcal que tolera el adulterio masculino y la existencia de la prostitución femenina, que alivia a los hombres promiscuos.

Según Leah Otis-Cour, tanto en la sociedad romana como en la germánica, el adulterio de la mujer se consideraba un delito grave y una amenaza para la familia, ya que ponía en duda las pretensiones de paternidad del marido sobre los hijos concebidos por la mujer. En el mundo carolingio el adulterio femenino era uno de los crímenes capitales junto al asesinato y al incendio.

El adulterio fue también tomado en serio por la Iglesia católica, que veía en él un pecado contra el sacramento del matrimonio. Para **San Agustín** la fidelidad era uno de los objetivos de la unión conyugal y debía de ser recíproca, mientras que la sociedad secular tendía a ignorar el adulterio masculino, pero condenaba a muerte o mutilación a la adúltera.

A pesar de jugarse la vida en muchas etapas históricas (recordemos que en la actualidad las mujeres son lapidadas y asesinadas en países como Irán por adúlteras), **las mujeres han tenido siempre relaciones extramatrimoniales, han ejercido su libertad y su derecho al placer, han saciado su apetito sexual y sus anhelos amorosos, han elegido a las personas con las que han deseado tener relaciones, aunque pesasen sobre ellas los castigos más terribles.**

Esto demuestra, de alguna manera, que no solo el hombre es «infidel por naturaleza», y que esa sospecha, creo, es lo que ha llevado a los hombres a legislar tan duramente contra las mujeres libres, y a asesinarlas. Y es que **uno de cada tres hijos no es de su padre, lo que revela, desde que comenzaron los análisis de ADN para comprobar paternidades, que la mujer es infiel pero no presume tanto de ello como los varones**, quizás porque la virilidad está asociada a la cantidad de relaciones amorosas con mujeres que logran acumular los hombres. En cambio la *esencia* de la feminidad en el patriarcado es la pureza, la falta de deseo sexual, la sumisión al macho dominante. Por eso cuando una mujer no encaja en ese estereotipo esencialista, es condenada por la sociedad a través de la condena moral y los relatos con castigos ejemplarizantes, como es el caso de Madame Bovary.

La monogamia se ha mitificado hasta tal punto en los relatos que ya no advertimos que no es un asunto biológico ni *natural*, sino que es un mito que perpetua la creación de familias heterosexuales basadas en uniones duales y exclusivas, con sentimientos de pertenencia y posesión que hacen aún más dolorosas, si caben, las relaciones humanas de carácter erótico o sentimental. **Aun existe gente que se muestra orgullosa de no haber tenido relaciones sexuales más que con su pareja de toda la vida; y a pesar de ello, el adulterio es un fenómeno natural en nuestras sociedades, extendido en todas las capas sociales y en hombres y mujeres por igual.** Curiosamente, sin embargo, el adulterio es vivido y representado como una alta traición, como un pecado mortal, como un delito contra el amor. Afortunadamente, en otras culturas se da sin tanto dolor porque no es clandestino, ni ha de ocultarse, ni crea más problemas entre las parejas.

El Mito de la Heterosexualidad desde una perspectiva queer



La heterosexualidad es una construcción social y cultural que se ha instalado en el imaginario colectivo como un fenómeno *natural*, como si la unión macho-hembra fuese una ley divina o una ley física o matemática. Tanto es así que **a las niñas desde pequeñas se las pregunta si tienen novio y a los niños si tienen novia sin apenas darnos cuenta de que preguntando estamos afirmando**. Y al afirmar, imponemos una idea sobre lo que es *normal*, es decir, que a los niños les gusten las niñas, y no los niños.

El concepto de *normalidad* varía de cultura en cultura, por épocas y zonas geográficas; además, todo lo biológico en nosotros es cultural y viceversa. Por ejemplo en la Antigua Grecia la homosexualidad era *normal*, como eran normales las relaciones homoeróticas entre sabios y jóvenes discípulos. En cambio en nuestra cultura actual la pederastia es una desviación, una aberración, una anomalía penada con años de cárcel.

Piensen de nuevo: *¿Tienes novio ya?*. Una pregunta así, aunque parezca inocente, inevitablemente **dirige el erotismo y los sentimientos de las personas hacia el sexo opuesto**. Una pregunta de signo contrario abriría enormemente el abanico de posibilidades afectivas y sexuales de la niña o el niño, pero a la mayor parte de los adultos no se les ocurre porque en su conciencia la heterosexualidad es la norma, está invisibilizada como construcción, integrada en los supuestos de cómo es la vida (o más bien, *cómo debería ser*). Esos *supuestos* se aprecian claramente en todos los **cuentos heterosexuales que nos han contado de pequeñas**; en ellos todas las relaciones eróticas son hacia el sexo opuesto.

Mi posición en torno a la heterosexualidad y la homosexualidad coincide con la concepción de Oscar Guasch (2000) que las considera mitos, en el sentido de que son narraciones creadas artificialmente, y transmitidas mediante libros sagrados. **Mitos que explican** el mundo desde un punto de vista particular, **desde una ideología** que al imponerse se convierte en hegemónica, y **que modela y construye nuestro**

deseo y afectos, a la vez que justifica el orden social establecido. En este sentido, la homosexualidad es un cuento dentro de otro cuento, “*un mito que explica otro mito. La homosexualidad es un epifenómeno de la heterosexualidad; pero no es posible entender la una sin la otra*” (Guasch, 2000).

También nos parece acertada la definición de la heterosexualidad según Elisabeth Badinter (1993), que la considera una institución política, económica, social y simbólica que **se impuso como norma obligatoria a finales del siglo XIX**: “*Se acusa a los sexólogos de haber creado dicha institución, al haber inventado la palabra “heterosexualidad” como el contrapunto positivo de “homosexualidad” y haber impuesto aquella como la única sexualidad normal*”.

Para Óscar Guasch (2000), **la heterosexualidad, más que una forma de amar, es un estilo de vida que ha sido hegemónico en los últimos 150 años**. La heterosexualidad nace asociada al trabajo asalariado y a la sociedad industrial: “*Se trata de producir hijos que produzcan hijos. Para las fábricas, para el ejército, para las colonias durante más de un siglo, casarse y tener hijos, que a su vez se casen y los tengan, ha sido la opción considerada natural, normal y lógica*”.

Es entonces cuando la pareja estable y reproductora se elige en modelo social a seguir; “*por eso a lo largo de la historia solteros y solteras han sido una especie de minusválidos sociales. En ellos se hacían visibles las carencias, los peores temores: vivían (y sobre todo morían) solos, sin hijos*”.

Guasch define la heterosexualidad como **sexista, misógina, homófoba y adultista**. Para él posee cuatro características fundamentales:

- Defiende el matrimonio o la pareja estable;
- Es **coitocéntrica, genitalista** y reproductora;
- Interpreta la sexualidad femenina en perspectiva masculina y la hace subalterna,
- Persigue, condena o ignora a quienes se desvían del camino heterosexual.

Los estudiosos que han analizado la homosexualidad desde un punto de vista transcultural constatan un determinado número de constantes. El sociólogo **Frederick Whitam**, tras haber trabajado durante varios años entre comunidades de países tan distintos como los Estados Unidos, Guatemala, Brasil y Filipinas, **sugiere seis conclusiones**:

- **Hay personas homosexuales en todas las sociedades.**
- El porcentaje de homosexuales parece ser el mismo en todas las sociedades y permanece estable con el paso del tiempo.
- Las normas sociales no impiden ni facilitan la aparición de la orientación sexual.
- **En cualquier sociedad mínimamente numerosa aparecen subculturas homosexuales.**
- Los homosexuales de sociedades distintas tienden a parecerse en lo que respecta a su comportamiento y sus intereses.

- Todas las sociedades producen un *continuum* similar entre homosexuales muy masculinos y homosexuales muy femeninos.

A partir de estos estudios, Badinter afirma que la homosexualidad es una forma fundamental de la sexualidad humana que se expresa en todas las culturas. **La homosexualidad existe en otras especies animales** (Foucault, 1976; Kirsch y Weinrich, 1991). Beach y Ford, (1951) constataron que, de hecho, se da en la mayoría de las especies de mamíferos y culturas humanas. Helen Fisher (1992) señala que la homosexualidad **es aún mayor en otras especies**; es decir, cabría aventurar que lo natural sería que las relaciones homosexuales entre los humanos fueran incluso más frecuentes de lo que son, pero en muchas culturas humanas está reprimido socialmente. La presión evolutiva, según Fisher, no sólo favorece las conductas reproductoras: la homosexualidad podría tener funciones adaptativas como la de estrechar los lazos de la comunidad y/o la de reducirla densidad demográfica en condiciones de hacinamiento.

Tanto los hombres como las mujeres homosexuales, a lo largo de los siglos, han sido **excluidos o marginados** socialmente, insultados y humillados, perseguidos, **encarcelados, torturados, quemados en la hoguera, apedreados hasta la muerte o recluidos en campos de concentración**. La homosexualidad ha sido tratada como enfermedad, delito, pecado, vicio, aberración, patología, desviación, y ha sido, a menudo, asociada a la obscenidad, la perversidad y la promiscuidad. Los estereotipos y los modelos negativos han recaído en ellos con una extrema crudeza, y aún hoy en día se sigue condenando y ejecutando o lapidando a gays y lesbianas en multitud de países.

En 1910, Sigmund Freud elabora su **teoría de la bisexualidad originaria**, en la que afirma que todos los seres *“pueden tomar como objeto sexual a personas del mismo sexo o a personas del otro sexo... Reparten su libido ya sea de manera manifiesta, ya sea de forma latente sobre objetos de ambos sexos”*. A lo largo de su obra, Freud defiende el carácter natural y no patológico de la homosexualidad, en contra de los sexólogos y sus propios colegas psicoanalistas, y afirma que la heterosexualidad es tan problemática como la homosexualidad. Además, según Freud, todos *“en un momento dado la hemos practicado aunque después unos la hayan relegado al inconsciente y otros se defiendan manteniendo una enérgica actitud contraria a ella”*).

Tras la II Guerra Mundial el mito de la heterosexualidad empieza a ser cuestionado. Algunos estudios, entre ellos los estudios *Comportamiento sexual del hombre* (1948) y *Comportamiento sexual de la mujer* (1953) de **Alfred Kinsey**, han mostrado que **la mayor parte de la población parece ser al menos ligeramente bisexual**. La mayoría tiene cierta atracción hacia ambos sexos, aunque se suele preferir uno de ellos. Según las encuestas de Kinsey, sólo el 5%-10% de la población puede ser considerada como exclusivamente heterosexual u homosexual, por lo que el resto (entre un 80% y un 90%) de los hombres y mujeres estudiados eran bisexuales. Sólo un 5% de éstos no tenían ninguna preferencia especial entre hombres y mujeres.

Este informe expuso que existen tendencias homo y heterosexuales en la mayor parte de los seres humanos y que su proporción varía entre una heterosexualidad exclusiva y una homosexualidad exclusiva. El informe Kinsey demostró que si bien tan sólo un 4% de la población masculina era

exclusivamente homosexual desde la pubertad, un 37% de hombres y un 19% de mujeres reconocía haber mantenido al menos una experiencia homosexual con orgasmo entre la pubertad y la edad adulta. Un 30% de la población censada había tenido una experiencia homosexual accidental entre los 16 y los 55 años. La encuesta realizada por **Shere Hite** años más tarde confirmó los trabajos anteriores.

A mediados del siglo XX entran en crisis los modelos clásicos para el control social de la sexualidad, y **en los 60 comienza la llamada *revolución sexual*** que quiere liberar al cuerpo de la noción de pecado, de las normas impuestas por el catolicismo y el puritanismo, de las prohibiciones, el sentimiento de culpabilidad, los prejuicios, y las restricciones de la sociedad para disfrutar del placer.

Un grupo de estadounidenses homosexuales rompieron su silencio obligado *“para acabar con una clandestinidad vivida dolorosamente como una patología”* (Elisabeth Badinter, 1993). Sustituyeron el término “homosexual” por “gay”, palabra más neutra que designa una cultura específica y positiva. **El principal objetivo del Movimiento Gay fue y es demostrar que la heterosexualidad no es la única fórmula de una sexualidad normal.** Las siglas internacionales de este movimiento fueron **LGB (Lesbianas, Gays, Bisexuales), que con el tiempo ampliará su campo de acción incluyendo la T de Transexuales (LGBT) y hoy también la Q de Queer (LGBTQ).**

El australiano Denis Altman señala cómo en el transcurso de una década, entre 1970 y 1980, tanto en los Estados Unidos como en otros lugares del mundo se asiste a la **aparición de una nueva minoría**, dotada de cultura propia, de un estilo de vida específico, con su propia expresión política y sus reivindicaciones de legitimidad. La aparición de esta minoría gay ha constituido un considerable impacto en la sociedad global, principalmente porque **ha alcanzado mayor grado de visibilidad y mucho poderío económico**, y mediático, especialmente en ciudades como San Francisco o en barrios populares como **Chueca en Madrid**.

Las organizaciones LGBT plantean la diferencia como un orgullo que ha de visibilizarse socialmente y que ha logrado, con el tiempo, institucionalizarse. En los 80, los Estudios Gays se alinearon con los Estudios de Género para plantear la **deconstrucción de la heterosexualidad** como forma de sexualidad única, dominante y *“natural”* o *“normal”*. También se cuestiona la división de los roles sexuales, y se plantea que el género no puede ser pensado como una categoría acabada, sino como **procesos, como estados en continua evolución** (Oscar Guasch). Así, al igual que los Estudios de Género encontraron que no existe una sola forma de ser mujer u hombre, y que existen multitud de ideologías de la masculinidad y la femineidad, **los estudios gays reivindicarán la multipluralidad de las identidades gays.**

Se ha debatido mucho, en el seno del análisis de la construcción sociocultural de la identidad, **si existe una identidad específicamente homosexual**. Para unos es indudable que existe, para otros la homosexualidad constituye un factor más, junto con los de género, clase, raza, educación o religión, que determina la construcción de la identidad. Para autores como Manuel Castells (1998), **la homosexualidad y el lesbianismo no pueden definirse como preferencias sexuales; son, fundamentalmente, identidades.** *“Y de hecho, dos identidades distintas: lesbianas y gays. No vienen dadas, no tienen su origen en cierta forma de determinación biológica. Aunque existe predisposición biológica, la mayor parte de los deseos homosexuales se mezclan con otros impulsos y sentimientos, de tal modo*

que la conducta real, las fronteras de la interacción social y la identidad personal se construyen cultural, social y políticamente”.

Muchos bisexuales sienten que no encajan ni en la comunidad gay ni en el mundo heterosexual, y como tienden a ser “invisibles” en público (ya que se confunden sin problemas en las sociedades homosexual y heterosexual), algunos de ellos han formado sus propias comunidades, cultura y movimientos políticos, por ejemplo a través del **movimiento Queer**, que critica la política identitaria gay de los 70 y 80.

Según el nuevo movimiento *queer*, **lo gay y lo lésbico niegan la bisexualidad y reducen el travestismo, el transgenerismo y la transexualidad a la invisibilidad**. Los colectivos de personas que no encajan en modelos de belleza, estilos de vida o ideologías políticas critican lo gay y lo lésbico porque excluyen la variedad y la diferencia. No construye igual su identidad un chico joven de Chueca que otro que vive en el campo, ni tienen los mismos problemas las lesbianas ancianas que viven en un pueblo de mentalidad cerrada que las actrices lesbianas y ricas de Hollywood.

Un grupo de militantes bolleras, negras, chicanas, de trans, de maricas seropositivos, pobres, emigrantes, parados, personas intersexuales, van a autodenominarse queer para tomar distancia del término “gay”, que a finales de los 80 representaba solamente una realidad de varones homosexuales, blancos, de clase media o alta, con un proyecto político de integración normalizada en el sistema social y de consumo, y que excluía toda esa diversidad de sexualidades minoritarias articuladas con posiciones de raza, clase, edad, enfermedad, migración, pobreza, etc.

En lugar de tratar de ser igual que *todo el mundo* (y **pretender que "todos" significa blancos, de clase media, conservadores y heterosexuales**), la política "queer" implica la demanda del respeto y de la igualdad para cualquier modo de vida que opten por tomar las personas, independientemente de su género, su orientación sexual, su raza, su nivel socioeconómico, su edad o su religión.

“Hace mucho tiempo que la heterosexualidad dejó de tener nada que ver con el sexo. Sólo comprendo esta relación homo-het-erótica como una guerra entre especies de diverso rango y jerarquía. Los heterosexuales son la especie dominante siempre: “la democracia es heterosexual”, me digo”.

Ricardo Llamas y Francisco Javier Vidarte (2000)

En la actualidad occidental, las leyes que tratan de eliminar la discriminación por cuestiones de orientación sexual **están logrando la normalización de la homosexualidad y la transexualidad**. En España, por ejemplo, los homosexuales y las lesbianas pueden casarse y adoptar hijos, lo que ha tenido (y está teniendo) profundas consecuencias para las estructuras sociales básicas (principalmente el matrimonio y la familia nuclear tradicional).

Muchos autores señalan que gracias a estas mutaciones de carácter simbólico, económico, político y social, podemos hablar claramente de una **crisis del patriarcado** (Castells, 1998) y una **crisis de la heterosexualidad** (Guasch, 2000). Sin embargo, autoras *queer* como **Beatriz Preciado** opinan que

esta *normalización* favorece las políticas pro-familia, tales como la reivindicación del derecho al matrimonio, a la adopción y a la transmisión del patrimonio.

Algunas minorías gays, lesbianas, transexuales y transgéneros reaccionan hoy contra ese esencialismo y esa normalización de la identidad homosexual. Para Preciado y otros autores, esa normalización equivaldría a una “heterosexualización de la homosexualidad”, lo que supondría seguir reproduciendo los esquemas tradicionales del patriarcado trasvasados al mundo gay.

El mito romántico de las bodas reales



Las bodas reales hoy en día cumplen dos funciones: una de tipo político, y otra de carácter mitológico. Sirven para demostrar que “*los ricos también lloran*”, que sienten, aman y sufren como el resto de los mortales; **es un modo de acercarse al pueblo, y a la vez de seducirlo mediante el mito del “matrimonio por amor”**, ya que antiguamente los príncipes y princesas se unían para perpetuar dinastías, unir territorios, formar imperios. Y el amor se daba siempre al margen del matrimonio; nadie pedía que los reyes y las reinas se amasen *locamente y para siempre*.

Hoy las monarquías europeas tratan de demostrar a la población que son “modernas” porque se unen *por amor*, como la gran mayoría de la población occidental (al menos, es el principal motivo que se refleja en las encuestas sociológicas). Estas uniones románticas reales, en realidad, sirven para legitimar la perpetuación de las instituciones monárquicas, estructuras que quedaron obsoletas con la imposición de las democracias en casi toda la sociedad occidental.

Ya que la necesidad de la existencia de los reinados actuales es puesta en entredicho por amplios sectores de la sociedad, que protesta **porque las familias reales consumen una cantidad de presupuesto público que podría emplearse en sanidad, educación o cultura, las casas reales necesitan seducir a las masas, y una de las mejores formas es a través de las bodas entre hombres y mujeres “modernos” y enamorados.**

Esta imagen de “modernidad” comenzó con la boda de **Diana de Gales y Carlos de Inglaterra**, porque abrió la puerta a otras plebeyas europeas para ocupar tronos reales, y porque fue la primera que se mostró accesible a la prensa, a la que permitió penetrar en la intimidad de las alcobas palaciegas británicas.

Con la boda de Kate Middleton y el Príncipe Guillermo, se ha desatado, de nuevo, un circo mediático que comenzó con la boda de la actriz hollywoodiense **Grace Kelly con el Príncipe Rainiero de Mónaco**.

El 19 de Abril de 1956 cerró su carrera cinematográfica con una de las bodas más espectaculares de la época, según Mariángel Alcázar (2002). **La organización contó con la ayuda profesional y técnica de Hollywood. La novia fue maquillada y peinada por el equipo de caracterización de la Metro Goldwin Meyer**, y su directora de moda fue la diseñadora del vestido. En la pareja confluían dos mundos distintos pero llenos de glamour y prestigio social: Hollywood y la realeza europea. **Grace tuvo que renunciar a seguir trabajando, pero a cambio subió al olimpo de las princesas más populares y admiradas del mundo**. Había sido educada para ser una princesa y casarse, y además era una mujer joven, sana y extremadamente atractiva: lo tenía todo para ser una verdadera princesa. La práctica totalidad de las casas reales europeas, según Alcázar (2002), rechazaron la invitación de Rainiero para mostrar su desacuerdo con que una mujer norteamericana y además, actriz, subiera al trono de Mónaco. Pero a cambio, la boda fue espectacular y los medios contribuyeron mucho a su lucimiento.

Desde entonces, las aventuras y desventuras de esa familia real se han convertido en una constante en la prensa rosa internacional. La muerte de Grace Kelly en un accidente de coche intensificó y potenció ese mito, pues Carolina, Estefanía y Alberto quedaron huérfanos, y el Príncipe Rainiero triste y solo para siempre, pues no volvió a casarse.

La boda del Príncipe Carlos de Inglaterra con Lady Di fue todavía más impactante para la población mundial que la de Grace. El relato de esta historia no podría haberlo ideado ni el mejor guionista de telenovelas, porque contiene todos los elementos narrativos para ser una historia apasionante. **Para mí, la historia de amor empieza y acaba en Camilla Parker-Bowles, una mujer perteneciente a la aristocracia inglesa pero sin títulos nobiliarios con la que Carlos ha vivido un intenso y prolongado romance desde su juventud hasta la actualidad**.

Conoció al Príncipe Carlos con 23 años y, según cuenta la prensa rosa, ella le comentó al príncipe que el tatarabuelo de Carlos fue amante de su bisabuela. A partir de ahí siguieron un romance que no interrumpieron pese a la boda de ella con Andrew Parker-Bowles, con el cual tuvo dos hijos.

Para casar al Príncipe Carlos, la Corona optó por una chica dulce, joven e ingenua llamada Diana. Anteriormente se había elegido a su hermana, pero Diana logró “arrebatarle” a su hermana el pretendiente y logró ser ella la que alcanzase *el mayor sueño* de una mujer bien educada. **Carlos se casó con una chica con aspecto de virgen; una muchacha sumisa y entregada que no chocaría con los intereses de la monarquía real británica.** La boda, celebrada en 1981, fue un acontecimiento mediático de gran envergadura (al que acudió Camilla en calidad de invitada de honor) que logró consolidar la monarquía inglesa y sumir a la población en un encantamiento de carácter romántico que despertó grandes pasiones a lo largo de los años.

Carlos nunca dejó de amar y de ver a Camilla, y Diana vio como su feliz cuento de princesa rosa se desmoronaba. En lugar de asumir su función como esposa real y hacer su vida por su lado, Diana se rebeló, protestó ante las cámaras, se confesó ante la opinión pública, lloró a mares y se convirtió en la víctima de la malvada Reina Isabel II y su hijo Carlos, hombre calculador y frío que no supo amar las virtudes de su princesa y tampoco supo hacerla feliz.

Y VIVIERON FELICES, Y COMIERON PERDICES... Y AL PUEBLO, AJO Y AGUA



La alianza del poder mediático con el poder monárquico ha generado multitud de bodas de ensueño que han sido seguidas a través de televisión por millones de personas en el mundo. **La boda de Kate y Guillermo deja en un segundo plano la crisis nuclear de Fukuyima, la represión de las masas que luchan por sus derechos en los países árabes, o la terrible crisis económica que azota Europa. En esta semana apenas se habla de los recortes sociales que está sufriendo la población, de los dividendos millonarios que se están**

repartiendo los accionistas de las principales empresas multinacionales, de las rebeliones que están teniendo lugar al Sur de Europa y que están dejando miles de muertos .

Esta boda es como un cuento que actúa de calmante frente al miedo y la preocupación por el desempleo que están sufriendo millones de familias en España, Grecia, Portugal e Italia, y el fenómeno social de la generación perdida de gente muy formada sin posibilidades de trabajar.

Durante una semana nos olvidaremos de como avanza el neoliberalismo y desaparecen nuestros derechos porque hay una pareja feliz que va a casarse con todo el lujo; ellos representan lo que todos querríamos: **vivir sin trabajar, y no tener que preocuparnos por nuestro futuro ni el de nuestros hijos e hijas.** Kate es plebeya, hermosa, joven, sana y aunque no tiene sangre azul en sus venas, es la elegida por el hijo del heredero de Inglaterra para ser, en el futuro, la Reina del imperio británico. Él es el Príncipe Azul que la eligió para ser su esposa.

Los medios están repitiendo una y otra vez que ella es una chica “normal” (sus padres antes trabajaban, hoy regentan un negocio familiar que les convirtió en millonarios) y que él estudió como un chico “cualquiera” que compartía piso con sus amigos y amigas. Pese a que se separaron temporalmente, hoy nos cuentan que “el amor lo puede todo” y que cuando es amor verdadero, la historia acaba en boda, es decir, con final feliz. **Después de que todos los hijos de la Reina Isabel se hayan divorciado (Andrés, Ana, Carlos), la población mundial puede volver a tener fe en que, esta vez sí, Kate y William van a ser felices,** no van a dar motivos de escándalo, van a tener bebés que perpetúen la dinastía Windsor.

Su historia de amor *demuestra* que la Monarquía no es una institución desfasada o arraigada en la tradición más rígida; porque se les ha permitido casarse, porque se les fotografía yendo de compras, esquiendo, saliendo de copas con sus amigos y amigas, navegando por el mar, graduándose en la Universidad, “como cualquier pareja joven”. **Además, como son muy “normales”, ambos se implican en dar publicidad y fondo a las organizaciones de caridad que ponen parches a las desigualdades sociales y económicas, pero que no sirven para acabar con ellas.**

Lo que no dicen los medios es que ellos tienen privilegios que los elevan por encima de la masa, que ha de conformarse con soñar, a través de ellos, vidas felices sin necesidades ni precariedad. Y es que si la existencia de las Monarquías actuales tiene sentido, es precisamente porque ofrecen espectáculo y estrellas mediáticas con las que el *vulgo* se entretiene al final de su jornada laboral. La audiencia se identifica con princesas y príncipes, proyecta sus sueños sobre ellos, y también disfruta con sus desgracias, porque así sienten, de algún modo, que **además de ser ricos, famosos y envidiables, son personas que, como Lady Di, tienen la regla, cometen adulterios, sufren, se automutilan, lloran, engordan y adelgazan, enferman**

y mueren. La principal función de las monarquías a nivel simbólico sería, pues, ofrecer relatos de vida que permitan a sus súbditos soñar y entretenerse.

LOS MITOS ROMÁNTICOS EN LAS BODAS REALES

Además de ser un rito social, las bodas reales poseen una dimensión mítica. Como todos los mitos, se ha reflejado en la literatura como un elemento que marca el final de las narraciones de un modo tan apoteósico como un espectáculo de fuegos artificiales, que acaba siempre en lo más alto. **Las bodas son el símbolo del triunfo del amor, y además cumplen una función de mito colectivo y de meta social individual.** Este tipo de ceremonias no solo permiten otorgar un final feliz a los relatos, sino que también poseen una función moralizante que actúa como modelo a seguir por la gente corriente.

Otros mitos que se cumplen en la representación simbólica de la boda real son el mito del emparejamiento, el mito de la media naranja, el mito de la exclusividad la fidelidad, la perdurabilidad, y sobre todo, el, mito del matrimonio por amor. El famoso y repetido final: *“Y fueron felices, y comieron perdices”*, presenta la boda como el fin de una historia de obstáculos, y el inicio de otro relato que no nos van a contar, pero que nos muestra un futuro feliz y luminoso. Es el caso de los cuentos populares como La Bella Durmiente, La Cenicienta, o Blancanieves, la boda marca el acto de *salvación* de la princesa por parte de su amado, que la posee simbólicamente para protegerla de todos los males. El Príncipe azul le ofrece cambiar de la autoridad del padre a la autoridad del marido, le ofrece un castillo, un título y una vida de lujo al que muchas mujeres aspiran desde niñas.

Y por eso se las educa para que sean dulces, sonrientes, para que caminen unos pasos detrás del Rey, para que no protesten y cumplan con sus obligaciones como consorte y como madres de futuros reyes o reinas. Muchos de los ritos nupciales demuestran que las bodas patriarcales siempre han constituido una entrega de la mujer al hombre; de ahí que el padre la acompañe hacia el altar. A su llegada, el padre *cede* simbólicamente su hija al novio, como hizo Juan Carlos I con Elena, primero, y Cristina, después; ambas tuvieron que pedir la venia al Rey, sin cuyo consentimiento no se podría celebrar el enlace. **Sencillamente por que el Rey representa la ley del padre, los derechos del padre sobre la hija, del monarca sobre el súbdito, y del hombre sobre la mujer.**

En el caso de la boda real española de los Príncipes de Asturias, este autoritarismo patriarcal quedó invisibilizado por el amor que declaró sentir Felipe hacia su esposa; en la rueda de prensa del palacio de la Zarzuela para anunciar su compromiso, incidieron mucho en su *profundo* amor y en la libertad de elección de la que ambos han gozado. Su amor es tan fuerte que pasa por encima de las jerarquías: *"Me da mucha alegría manifestar lo enamorado que estoy de Letizia, la mujer con la que quiero compartir mi vida, que reúne todos los requisitos para asumir las responsabilidades de Princesa de Asturias y próxima Reina de España"*.

Sus insistentes declaraciones de amor antes del enlace lograron convencer a todo el mundo de que no se trataba de una estrategia política, sino de un amor *real*, en su doble acepción del término.

Otro mito romántico que encontramos en la boda real de Felipe y Letizia es **el mito del Príncipe Azul**: Felipe representa este papel a la perfección, porque es un hombre atractivo, sano, alto, con estudios, con idiomas, bien educado, y heredero de un trono. Más no se puede tener.

Letizia por su parte, representa el mito de la Cenicienta, es decir, la mujer que asciende en los estamentos sociales por amor. Como en el cuento, la Cenicienta es una mujer de origen humildeelegida libremente por su príncipe. De entre las millones de plebeyas que existen, Letizia fue la única, la favorita, la mujer que accede a la nobleza y a la Corte por amor. Por otro lado, Letizia no es víctima de la pobreza y en su historia no hay madrastras; es una trabajadora con éxito y a la vez un producto mediático *cercano* a la sociedad.

Hace veinte años, en la época de la Paleotelevisión, la princesa de Asturias hubiese sido una heredera al trono de cualquier monarquía europea, o al menos una mujer emparentada con la aristocracia nobiliaria (es por ello que se prefería a Tatiana de Lichenstein como candidata a esposa del heredero en lugar de Isabel Sartorius). En la Post-televisión, la futura reina de España nace en Rivas Vaciamadrid, es una mujer trabajadora, de padres divorciados, que estudió en la Universidad pública y que estuvo, noche tras noche durante algunos meses, cenando con la mayor parte de los españoles mientras presentaba los informativos de TVE 1, hecho que no es casual. Sirvió para que todos nosotros nos familiarizásemos con la futura reina de España.

Y es que para la audiencia, es más fácil proyectarse en Letizia Ortiz que en una princesa europea de sangre real; ella no sólo viene del pueblo, de un pueblo de la periferia madrileña, sino que además fue y es una estrella televisiva, un fenómeno mediático que ha logrado la aceptación mayoritaria no del pueblo español, sino de la audiencia española. **Nuestra Cenicienta, además de llegar a lo más alto, logra sortear el desempleo que sufre la gran mayoría de la población treintañera española, de modo que con su matrimonio ha logrado evitar los ERES y la precariedad del empleo (si no se hubiese casado con Felipe, se hubiera quedado sin trabajo tras el cierre de la CNN en España).**

LAS BODAS REALES ESPAÑOLAS

Los príncipes y princesas de hoy, entonces, necesitan el poder de los medios de comunicación para sostener su posición privilegiada, y para perpetuar las dinastías. En España, por ejemplo, fueron los medios los que legitimaron la función de Juan Carlos I, porque le mostraron como un *hombre valiente que luchó por la democracia en este país cuando aun estaba débil* (recordemos su glorificación tras el 23F). Una vez consolidada su disposición democrática, **la monarquía española mostró su voluntad modernizadora a través de los matrimonios de las Infantas.**

La Corona española eligió Sevilla y Barcelona, ciudades situadas al Norte y al Sur de España; simbolizando la buena salud del Estado de las autonomías. La boda de Elena con Jaime de Marichalar fue más *española* en el sentido tradicional del término, debido

a la ciudad y el folclore andaluz, y toda una serie de símbolos de españolidad que inundaron la boda.

La de Cristina de Borbón, en cambio, fue una boda más europea, luminosa y moderna. El flamante novio, Iñaki Urdangarín, era un joven deportista y reconocido profesional del balonmano. Fue una boda *integradora* porque se celebró en Barcelona, lugar de residencia de la Infanta, y porque el cónyuge no pertenece a la nobleza castellana, sino que es vasco y pertenece a una familia de clase medio-alta. La conjunción de símbolos españoles, catalanes y vascos en la boda fue *perfecta* y representó el ideal de una España unida, pero respetuosa con el folclore, el idioma y las costumbres locales de cada región.

Después de estas bodas, el siguiente paso fue confeccionar un plan para legitimar el futuro reinado del Príncipe de Asturias. Curiosamente, la elegida por Don Felipe iba a ser una mujer de orígenes asturianos (una verdadera princesa *de Asturias*) y perteneciente a una familia de periodistas. En Letizia confluyen dos fenómenos importantes: es una estrella mediática, y es una mujer posmoderna que *lo deja todo* por amor. Letizia acerca la Monarquía española al pueblo español porque es una *denosotros*; una vez convertida en **Princesa de Asturias, Gerona y de Viana, Duquesa de Montblanc, Condesa de Cervera, y señora de Balaguer**, se declara dispuesta a trabajar *para nosotros*, al servicio de la representación diplomática y empresarial española.

Con respecto al Príncipe, la estrategia mediática de la Corona ha sido presentarle como un hombre preparado, con idiomas y una “profunda vocación de servicio a España”. La imagen de Su Alteza Real es la de un hombre trabajador, moderno, “sensible” ante los problemas que azotan al mundo y las desigualdades sociales. Su boda con una mujer periodista es un modo de transmitir o construir la sensación de que Don Felipe es un hombre cercano al pueblo, porque antes de conocerla declaró su decidida pretensión a casarse por amor. Es decir, rompió con las estrictas leyes monárquicas que antes sólo permitían a los herederos casarse con personas de *sangre azul*, demostrando así su modernidad y su condición de *hombre nuevo*.

A través de su dimensión emocional, la televisión oculta e invisibiliza la dimensión política y económica de los matrimonios reales. Con la boda de Letizia y Felipe, por ejemplo, se logra legitimar la función del Príncipe heredero, porque a la gente le gusta disfrutar con los finales felices representado en directo por personas de carne y hueso.

"ME CASO POR AMOR"

En la boda de los Príncipes de Asturias, tanto Letizia como Felipe admitieron la dimensión política de su decisión de casarse. Ambos declararon que se casaban para hacer frente a las obligaciones de su condición como heredero al trono, y que eran conscientes de la *tremenda responsabilidad* que asumían al unirse en santo matrimonio. Admitían haberlo meditado mucho, pero también su decisión estaba basada en el *profundo amor* que sentía el uno por el otro. En el acto de pedida de mano, Don Felipe afirma que el matrimonio que va a contraer significa, sobre todo, la continuidad de la Monarquía:

“Permite dar la posibilidad de un eslabón más en la cadena de la dinastía que nos engarza con la historia. Aparte, me permite incorporar un valor, un activo, a mi trabajo y a la función representativa y al trabajo por el bien de los intereses generales

de los españoles. Y, personalmente, un tremendo apoyo. Sus cualidades y su valía van a ser fundamentales y van a dar grandes frutos».

Los comentaristas y en general los periodistas y expertos en la Casa Real destacaron a lo largo de los días en que se cubrió el evento la importancia política de esta unión para la continuidad dinástica. El mensaje era: “gracias a esta boda habrá descendencia, y por lo tanto continuidad”. **La legitimidad de la Corona, por tanto, pasa a depender de la capacidad reproductiva de Letizia, en cuyo seno recae la responsabilidad de la sucesión al trono español.** Por supuesto, no se invocan otras razones para la continuidad de la monarquía excepto estas, de modo que el mensaje quedó muy claro para la audiencia: la boda simbolizaba el poder mediático monárquico, y su poder político.

A través de su boda no sólo legitiman su amor, sino que **este amor legitima a su vez la Monarquía, la Iglesia que la bendice, el Estado español y el Ejército al que representa.** Visto así puede parecer difícil unir ambos aspectos, pero su discurso es, desde un punto de vista técnico, perfecto: sencillo, sincero, romántico y realista, engrandecido y normalizado a la vez. Es una declaración doble: por un lado amorosa y por otro es una declaración institucional a través de la cual Felipe expresa la ilusión por servir a España y por el inicio de una nueva etapa en su vida como “hombre casado”. Concilia vida personal y profesional como nadie; ama a España y a Letizia, y ambos hacen una pareja ideal.

Cuando ella está nerviosa, él la protege con la mirada, como un padre omnipotente y como un compañero cariñoso a la vez. **Los Príncipes se muestran tiernos como amantes y como compañeros; y los medios han contribuido a la entronización de esta pareja como arquetipo ideal de relación amorosa.** Desde que nacieron Leonor y Sofía, los cuatro posan como una *familia feliz*: las dos niñas, rubias, guapas, sonrientes, llenas de vida, y con el futuro resuelto representan el estereotipo de princesitas felices que viven en un palacio con sus abuelitos los Reyes.

LO DIVINO Y LO HUMANO: LO SUYO ES PURO TEATRO

La monarquía se fundamenta esencialmente en la idea de la existencia de un centro con alguna conexión especial con lo divino, con alguna instancia que trasciende el ámbito de lo mundano. Para Shils y Young, 1956, pero lo peculiar de la institución monárquica en los regímenes parlamentarios es su constante equilibrio entre lo divino-tradicional y lo legal-democrático. Por esto, para Martínez et al (2008), las ceremonias retransmitidas por televisión a públicos masivos (las ceremonias electrónicas) son una forma simbólica esencial para la perpetuación de la monarquía, pues **permiten a la Realeza aparecer divina y mundana, distante y cercana a un tiempo.**

En su estudio sobre la investidura del Príncipe de Gales, Blumler et al. (1971) analizaron las diferentes percepciones públicas del rol de la Reina Isabel y pusieron de manifiesto cómo la gente desearía que la monarca fuese “*al mismo tiempo sublime y común, extraordinaria y normal, solemne e informal, misteriosa y accesible, regia y democrática*” (Blumler et al., 1971).

Las bodas monárquicas son rituales con un fuerte componente teatral; es una performance cuidadosamente preparada por las casas reales. En el caso

de los Príncipes de Asturias, el **escenario** fue la Catedral de la Almudena de Madrid, lujosamente decorada; la coreografía fue perfecta y estuvo marcada por el protocolo. Los **actores** y actrices cumplieron cada uno su papel a la perfección y recitaron su texto (el príncipe, la princesa, los reyes, las familias monárquicas, los invitados, el arzobispo, los monaguillos, los pajes reales, las damas de honor, los soldados amigos del Príncipe, el público congregado en las inmediaciones, cuya función principal fue agitar banderitas y vivas a España). Por supuesto, pudimos disfrutar de los **narradores principales** cuya voz en off coloreaba e ilustraba lo que estábamos viendo. Hubo no sólo un trabajo de **iluminación, ambientación, atrezzo y vestuario** prolífico en marcas y detalles, sino también **música en directo** (el coro y la orquesta), que fue un elemento muy importante en esta representación dramática porque engrandeció la arquitectura del templo y la ceremonia religiosa.

Una vez fuera de la Catedral, la obra de teatro se convirtió en *road movie*, ya que las cámaras siguieron a los recién casados en su recorrido en coche por las calles de Madrid, y, paralelamente, siguieron el desplazamiento de los invitados de lujo hacia el lugar del banquete. La película acaba en el almuerzo; pese a que los espectadores de este espectáculo hubieran dado cualquier cosa por poder penetrar en ese espacio prohibido a las cámaras, y poder ver a la gente guapa comiendo y relacionándose entre ellos.

En la boda hubo, por supuesto, **repetición de las mejores jugadas a cámara lenta** (la llegada del novio, la de la novia, el intercambio de alianzas, la venia otorgada por el Rey, la colosal patada de Froilán de Todos los Santos a su primo, etc.), como en un partido de fútbol, y posterior charla-debate o puesta en común de idea por parte de expertos en la materia, alcanzando entonces la post-boda la dimensión de los programas de cotilleo habituales, pero con mayor contención por tratarse de un tema *serio*. Se hicieron pocas críticas, pero se trató de crear un mínimo ambiente de polémica, para seguir atrayendo el interés de la audiencia, que pudo, igual que en una obra de teatro pero a distancia, opinar mandando SMS al programa.

Asimismo, podemos ver, en términos narrativos, la boda real como el final de una telenovela, pero rodada con la emoción del directo. La luna de miel fue una especie de continuación de esa telenovela. Desde entonces, hemos asistido a los viajes, los entierros, los partos, las ceremonias... de la pareja real: todo forma parte de una historia narrada en todos los soportes (audiovisuales, escritos, etc.) que se inició con el anuncio del compromiso y que aún no ha terminado, porque seguimos sus veraneos, la escolarización de la futura heredera, las operaciones de nariz de Letizia, etc. en tiempo real, casi a diario.

LA DIMENSIÓN MEDIÁTICA DEL ENLACE REAL

Según el estudio de Martínez y otros (2008), los telespectadores ponen en práctica estrategias de recepción encaminadas a participar activamente del acontecimiento. La televisión nos hace sentir la ilusión de que “uno puede asistir a la totalidad de un acontecimiento” (Dayan y Katz, 1985: 25). Constituirse en audiencia de un acontecimiento mediático supone, de entrada, reclamar una posición privilegiada: aquélla que debe permitir “*no perderse detalle*” del acontecimiento. *Consciente de esa promesa de totalidad creada por la televisión, la audiencia televisiva es un público que no está dispuesto a asumir limitación alguna a su deseo de mirar: quiere estar “aquí y allí”, “ahora y después”.*

En las ceremonias de Estado esta ilusión creada por el medio televisivo de que “uno puede asistir a la totalidad de un acontecimiento” (Dayan y Katz, 1985) se multiplica. El espectador/a lo sabe, y busca burlar las limitaciones que cada canal impone rastreando entre todos los disponibles. En todos los hogares observados en la investigación, los miembros de la audiencia siguieron simultáneamente la retransmisión de la Boda Real española por más de un canal, estableciendo en su mayoría TVE1 como “campamento base” y curioseando por el resto de las cadenas.

El visionado en los hogares se convierte en un momento festivo que modifica las tareas cotidianas y congrega a la familia y a invitados para celebrar el evento juntos. En el caso específico de las Bodas Reales, el rol de gestor principal del espacio de la celebración parece recaer en las mujeres (madres, hijas o amigas de la familia), del mismo modo que en las retransmisiones deportivas es ejercido por los hombres (Rothenbuhler, 1988). Esta tarea de gestión o regulación se orienta, en primer lugar, hacia la elección del lugar físico de la celebración dentro del hogar: el salón.

El día de la retransmisión de la boda, no hay otra propuesta familiar que la de ver la televisión, por lo que quien no quiere ver la ceremonia electrónica es apartado. Para Martínez y otros, lo característico de este “*apartamiento simbólico/físico es que acontece sin conflicto, ya que incluso quienes no quieren ver la ceremonia electrónica reconocen la legitimidad indiscutible de la decisión de quienes tácitamente les apartan. A eso ayuda, obviamente, el hecho de que la retransmisión de la Boda del Príncipe de Asturias tuviese lugar un sábado por la mañana, una franja dedicada habitualmente a la programación infantil y en la que los adultos no suelen ver televisión*”.

EL PODER CONCENTRADO

Lo más curioso de las bodas es, aparte del vestido de la novia y la pompa teatral desplegada a su alrededor, la lista de invitados e invitadas a la ceremonia y posterior banquete. A las bodas reales acuden los miembros de las casas reales del planeta, y el estamento nobiliario: condes y condesas, marquesas, vizcondes, y demás; los empresarios con más poder del país, los deportistas más famosos, representantes del mundo de la cultura, del gobierno y la oposición, representantes de las Iglesia y del Ejército, ministros y ministras, presidentes/as de Estado.

Estos ilustres invitados e invitadas serán analizados y criticados por su vestimenta y elegancia o falta de ella; pero ningún comentarista televisivo hablará de como el poder económico legitima a la monarquía y viceversa; ni de como Iglesia, Ejército, empresas e ídolos famosos multimillonarios se unen para celebrar una unión en la que se cerrarán negocios, se estrecharán alianzas, se llegará a acuerdos políticos y económicos de gran envergadura, como sucedió en la boda de la hija de Aznar con Berlusconi y sus amigos.

Esa concentración de hombres y mujeres poderosas marca una distancia con el vulgo, que solo puede asistir como espectador, detrás de la barrera de seguridad. Además, la masa no solo dará colorido y legitimidad al enlace nupcial, sino que también aumentará los beneficios de las empresas, dada la cantidad de hoteles, restaurantes, bares y tiendas de souvenirs que van a lucrarse con este enlace real. La dimensión económica del evento queda invisibilizada por el amor que sienten Kate y el Príncipe Guillermo, que se han convertido en ídolos de masas y que son objeto

de admiración e imitación por parte de una población que se entretiene y se evade de sus miserias a través del cuento de hadas.

Y colorín colorado, este cuento se ha acabado.

Coral Herrera Gómez

Libros de la Autora

LIBRO "LA CONSTRUCCIÓN SOCIOCULTURAL DEL AMOR ROMÁNTICO"



En “**La construcción sociocultural del Amor Romántico**” no vas a encontrar la solución a todos tus problemas amorosos porque no es un libro de autoayuda, sino tan solo un **análisis cultural y sociológico en torno a la gran utopía emocional que recorre nuestra cultura.**

En el libro hablo de la evolución del amor romántico desde Grecia a nuestros días, de la adicción del amor y sus patologías, de los procesos orgánicos desatados en el proceso de enamoramiento y desenamoramiento, de su dimensión biológica, religiosa, económica, política y social. Analizo los mitos románticos para entender porqué amamos así y no de otra forma, para desmontar los estereotipos y los roles que nos ofrecen los relatos y que perpetúan la desigualdad entre mujeres y hombres.

Y es que en los relatos audiovisuales actuales se nos presentan siempre los mismos modelos idealizados, que nos transmiten como deberíamos ser según nuestra etiqueta de género, y como deberíamos amar y relacionarnos entre nosotros según los cánones impuestos por las normas sexuales y morales de cada sociedad.

Escribo sobre el matrimonio y el divorcio, sobre la sexualidad humana, las ideologías amorosas oficiales y alternativas, las diferentes formas de relacionarse erótica y afectivamente (modelos de amor no hegemónicos, y en ocasiones, clandestinos), analizo las diferentes formas de vivir el amor que nos impone la cultura según seamos hombres o mujeres, y desmonto la idea de que lo *natural* y lo *normal* sea la monogamia, la heterosexualidad, y la idea de la pareja como fin para reproducirse.

También he tratado de desmontar la mitificación del matrimonio como meta ideal a alcanzar, he incidido en la sujeción femenina y las consecuencias del patriarcado en los afectos y el deseo, y en la represión sentimental que coexiste con la utopía amorosa y que nos impiden vivir relaciones más liberadas de los corsés tradicionales, relaciones

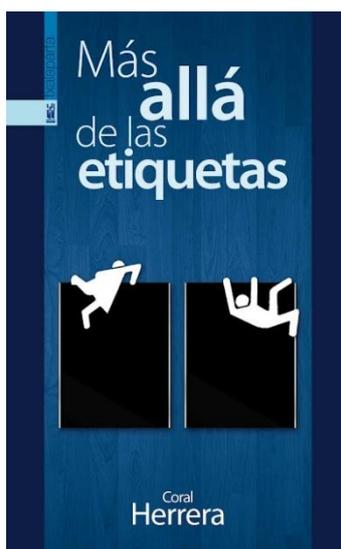
más valientes, más abiertas, menos basadas en la dependencia mutua, el miedo a la soledad, o en las luchas de poder.

Cuando los modelos tradicionales que asumieron nuestros abuelos y abuelas, o nuestras madres y padres ya no nos valen, creo que es necesario echarle imaginación y construir un modelo que expanda el amor al barrio, al pueblo, a la colectividad.

Porque la pareja no es la salvación de un mundo injusto, duro, desigual, pese a lo que nos cuentan en los *happy ends*, y porque, como decía Erich Fromm, el amor no es hoy un fenómeno frecuente en nuestros días, porque las relaciones se basan más en la necesidad que en la libertad, en la búsqueda y en la frustración, en la insatisfacción permanente, al modo consumista.

Y pese a ello, la gente se sigue casando masivamente, y aumentan las ventas de los centros comerciales **el día de San Valentín, día precisamente en el que sale a la venta el libro en las librerías y en la web de la Editorial Fundamentos.**

Libro "MÁS ALLÁ DE LAS ETIQUETAS"



Los distintos movimientos de liberación –feminista, homo, lesbo, trans o queer– nos han enseñado el camino hacia una igualdad alejada de las clasificaciones conservadoras y universales. En lugar de buscar nuevas formas de clasificación, haciendo un recorrido histórico a través de las distintas formas de definir los géneros –hombres, mujeres y trans–, este libro nos invita a analizar los mitos implantados por el patriarcado, romper con todos esos roles impuestos por la sociedad, deconstruir los estereotipos, tomar conciencia de la riqueza de nuestras diferencias, intercambiar papeles, rebasar los límites, dar rienda suelta al deseo, incluir la ternura en la aventura ocasional y atrevernos a expresar emociones. En definitiva, a aprender a vivir más allá de las etiquetas.

Feminismos, Masculinidades y Queer: MÁS ALLÁ DE LAS ETIQUETAS

Los hombres no nacen; se hacen. Lo mismo sucede con las mujeres; somos un producto de la sociedad en la que habitamos. A través de la cultura, la educación y la socialización aprendemos a *ser hombre* o a *ser mujer*; nuestros gestos, nuestra forma de hablar y de movernos, nuestra manera de estar en el mundo y de entenderlo, nuestra sexualidad, la profesión que elegimos, nuestro uso del tiempo libre, nuestras creencias y emociones, están determinadas por estos condicionamientos de género.

Lo que ocurre es que **parecen invisibles porque están asumidos comonaturales** (las mujeres son *débiles* por naturaleza, los hombres necesitan más variedad sexual que las mujeres, a las mujeres se les da mejor limpiar la mierda, a todos los hombres les apasiona el fútbol, a las mujeres lo que les gusta es agradar a su marido, a los hombres lo que les gusta es estar con sus amigos, etc).

Precisamente **en esta obra de lo que se trata es de poner en cuestión el concepto de lo *normal*, y analizar los estereotipos y los mitos que, pese a ser creaciones culturales, presentan la desigualdad entre los humanos como algo *natural***, es decir, predeterminado por la biología.

Sin embargo, todas las etiquetas humanas son artificiales, y nuestros modos de pensar, de crear modelos a seguir, de entender la realidad y producir ficción están atravesados por una ideología hegemónica: el patriarcado. **Pese a que no todas las culturas humanas son patriarcales, sí es cierto que son mayoría en el planeta**, y que esta división de la sociedad en dos grupos opuestos ha creado sociedades desiguales, injustas, y crueles.

En la nuestra, el patriarcado ha obligado a las personas a construir su identidad ciñéndose exclusivamente y *para siempre* a una de estas dos categorías. Casi todos nosotros hemos crecido bajo unos imperativos muy rígidos en torno a **lo que *debe ser un hombre* y lo que *debe ser una mujer***.

Esto ha influido en las relaciones sociales, afectivas y sexuales que tenemos entre nosotr@s, y **ha incidido de manera muy dañina en nuestros sentimientos, determinados en gran medida por las normas, tabúes, etiquetas y obligaciones de género en una sociedad dominada por la heterosexualidad y la bipolaridad**.

Este libro que os presento es una condensación acerca de las investigaciones en torno a cómo se construyen las masculinidades y las feminidades en la sociedad y la cultura. Mi objetivo a la hora de analizar las construcciones socioculturales de género es **acercar la teoría a la calle. Y en la calle, fuera del ámbito posmoderno, la realidad sigue estando enormemente polarizada**.

En nuestra cultura occidental seguimos creyendo y reproduciendo los estereotipos de *hombre viril* y *mujer femenina* como **modelos puros e ideales, pero por ello mismo inexistentes, dada la complejidad de la realidad humana. Este libro pretende mostrar cómo la feminidad o la masculinidad son construcciones identitarias que en el futuro podrían ser superadas, porque no nos sirven y están configuradas de una manera jerárquica y desigual**.

En este libro me centraré en el género como factor de diferenciación porque creo, en la línea del pensamiento feminista libertario, que la lucha por la igualdad debe comenzar por la primera causa de división social, que es la que existe entre hombres y mujeres. **Por mucho que los procesos transformadores o revolucionarios pudiesen acabar con la diferencia de clases socioeconómica, nunca podría existir la plena igualdad, ni tampoco la libertad, en una sociedad en la que los hombres fuesen la nobleza y las mujeres los otros, como ha sucedido en la nuestra hasta hace bien poco.**

Así que en la lectura de esta obra haremos un **recorrido breve sobre los estudios de género y las luchas de mujeres y hombres contra el patriarcado.** Repasaremos cómo las luchas feministas lucharon por la liberación de los roles patriarcales y los estereotipos sexistas, y también nos asomaremos a la lucha LGTB de gays y lesbianas contra la tiranía de la heterosexualidad. Analizaremos el modo en que las mujeres se están empoderando lentamente, y también cómo se sienten los hombres ante este imparable avance femenino. También veremos cómo se desarrollaron los estudios de masculinidad desde la revolución sexual y como están empezando a liberarse de sus condicionamientos masculinos tradicionales. Reflexionaremos en torno a cómo se están beneficiando de la lucha por la igualdad, y sus formas de resistencia y participación en el proceso.

De este modo llegaremos a lo **queer**, que responde a una necesidad de traspasar los límites, de explorar fronteras, romper estructuras, eliminar etiquetas. Lo *queer* incluye a todas las categorías invisibilizadas o al margen de la *normalidad* (transexuales, travestis, drags, hermafroditas, personas transgénero, rar@s, bollerías, locas, osos y osas...)

Hoy las identidades están en constante cambio, atravesadas por grandes contradicciones pero también por **amplias posibilidades de ser, de estar en el mundo y de relacionarse con los demás habitantes con los que convivimos.** Ante nosotros y nosotras se abre un extenso abanico de opciones, de posibilidades y de experimentos que nos permitirán acabar con las clásicas dinámicas de relación jerárquica basada en la lógica del amo y el esclavo, lo que mejorará, sin duda, nuestras relaciones eróticas y sentimentales.

La posibilidad de transgredir los límites de las fronteras, que han quedado obsoletas, nos permitirá, progresivamente, ir dejando atrás los modelos esencialistas de lo que deben ser los hombres y las mujeres. Es un cambio sin duda excesivamente lento, pero creo que imparable.

Estoy convencida de que el futuro es *trans*, y de que el género experimentará una fusión de múltiples ideologías identitarias en las categorías ontológicas de raza, sexo, lengua, religión u etnia, que van a experimentar procesos de hibridación. **El futuro será queer porque las fronteras entre los extremos más radicales (la mujer muy femenina y el hombre muy viril) están diluyéndose mientras chocan aún en el espacio social.** La androginia, los cambios de identidad de género, el travestismo, la moda unisex, irán imponiéndose conforme la tecnología avance y las mentalidades se multipliquen. Los polos opuestos acabarán fusionándose porque forman parte de una totalidad cambiante y con tendencia al mestizaje y a la multiculturalidad.

Será apasionante ir viendo, de aquí en adelante, cómo los roles se intercambian con facilidad, como las imágenes en torno a lo femenino y lo

masculino se diversifican y se mezclan, y cómo el arte y la cultura comienzan a romper estereotipos tradicionales y a cuestionar las imposiciones míticas del patriarcado.

También podremos estudiar el modo en que estos cambios crearán relaciones más igualitarias entre hombres, entre mujeres y entre parejas heterosexuales, a pesar del miedo, las resistencias al cambio y los retrocesos. Por último, podremos acabar deseando que las luchas de poder se reduzcan a un juego en la cama, no a una constante cotidiana entre dos grupos humanos diferenciados.

Sólo habrá que tener los ojos bien abiertos... es entonces cuando podremos aprender a integrar las diferencias en un todo enriquecedor, y atrevernos a experimentar otros modos más igualitarios y libres de ser, de estar y de relacionarnos, más allá de las etiquetas....

Berria **Novedad** Nouveauté Novetat Novidade



Más allá de las etiquetas

Coral Herrera

Coral Herrera
Más allá de las etiquetas

Los distintos movimientos de liberación -feminista, lésbo, trans o queer- nos han enseñado el camino hacia una igualdad alejada de las clasificaciones conservadoras y universales. En lugar de buscar nuevas formas de clasificación, hacemos un recorrido histórico a través de las distintas formas de definir los géneros -hombres, mujeres y trans-, este libro nos invita a analizar los mitos implantados por el patriarcado, romper con todos esos roles impuestos por la sociedad, deconstruir los estereotipos, tomar conciencia de la riqueza de nuestras diferencias, intercambiar papeles, rebasar los límites, dar rienda suelta al deseo, incluir la ternura en la aventura ocasional y atrevernos a expresar emociones. En definitiva, a aprender a vivir más allá de las etiquetas.

320 págs. 18,50€
ISBN 978-84-8136-610-5
9 788481 366105

Coral Herrera Gómez (Madrid, 1977) es Doctora en Humanidades por la Universidad Carlos III de Madrid y especializada en Teoría de Género y estudios sobre Teoría de la Comunicación Audiovisual. Se declara multidisciplinar por su formación académica en el ámbito de la comunicación, las ciencias sociales y las humanidades, sin desdénar su formación artística y experiencia laboral en el mundo del teatro y el cine, así como una trayectoria sólida como escritora y una larga experiencia docente. Ha publicado *La construcción sociocultural del Amor Romántico* y escribe en su blog: <http://halicia.blogspot.com desde 2007>, donde publica artículos sobre diversos temas, especialmente sobre Teoría de Género y movimientos sociales. Sus artículos en la web www.espectatordetamano.com mueven a la reflexión en torno a las estructuras amorosas occidentales. Asimismo, imparte conferencias y talleres, publicando asiduamente en diversos medios de comunicación.



Audio: 78 11300 TARÁLLA - NAVARRA/NAFARRUA
948 703934 - fax 948 704072
txalaparta@txalaparta.com - www.txalaparta.com

txalaparta

Este conjunto de artículos han sido publicados bajo **una licencia de Creative Commons** en el blog: [El Rincón de Haika](http://ElRincondeHaika.com), fundado en 2007.

Puedes difundir, compartir y utilizar los textos como desees, citando a la autora o la fuente.

<http://haikita.blogspot.com/>



Coral Herrera en las redes:

[El rincón de Haika en Facebook](#)

[Coral Herrera en Facebook](#)

[@coralherreragom en Twitter](#)

[Coral en Google+](#)

Contacto: koriakino@gmail.com